

## DISCURSO DE RECEPCION

Por JOSÉ JOAQUÍN CASAS

Excelentísimos e ilustrísimos señores; señores académicos:

Bien recordáis cuán diferente del actual era Bogotá treinta y ocho años hace; pero no todos podéis figuraros el interés que en el corazón y la fantasía de cierto estudiantillo provinciano recién venido a la corte y apenas entrado en la adolescencia despertaba la ilustre capital de los Virreyes y los Libertadores, de los presidentes y los literatos; capital que, si bien muy santafereña todavía y no excitada entonces por pitazos de locomotoras ni campanilleo de tranvías ni por alaridos de automóviles —gritos de la materia aherrojada y puesta al servicio de la civilización—; sino muy tranquila con su aire señorial, sus calles empedradas y no mal vestidas de hierba, sus caños superficiales y rumorosos, ocasión de salados chascarrillos; sus farolones esquineros de sube y baja alimentados con lámparas de petróleo, sus ómnibus zangoloteantes y pintarrajeados de rosas monstruos, los angostos aleros de cornisas dentadas por bajo de las cuales salían sin obedecer a simetría ninguna los tejadillos protectores de ventanas no más proporcionadas que ellos y guarnecidas de severas rejas de hierro; tenía, no obstante, hartos edificios a estilo moderno, contaba las suficientes hosterías y almacenes pomposos con nombres de propietarios europeos, y estaba, en suma, extranje-rizada lo bastante para ser y parecer ciudad adelantada, cultísima y bien puesta en muchos de los primores y refinamientos de la elegancia contemporánea. Resultaba pues, Bogotá en esos años un como abigarrado y curiosísimo muestrario de cosas viejas y cosas flamantes sobre el cual dominaba el tono de cierta holgada y aristocrática antigüedad a la manera española; y era de modo, que mediando pocos pasos entre uno y otros, alternaban con ostentosos bastidores, peluquerías y restaurantes de apellido francés, inglés o italiano, las modestas tenduchas de quincallas o ropa de cargazón, y —lo más característico de todo— las dulcerías a usanza vieja, como aquella celeberrima de frente a la puerta falsa de la Catedral, en cuyos estantes ramplones con arandelas de papel picado vieron tres generaciones bogotanas los castizos arequipes de la Colonia expuestos al público en platillos de loza vidriada de Pajarito, juntos en deliciosa mezcolanza con el más completo surtido de novenas, litografías de Ayala, y un aluvión de libros viejos de las más diversas procedencias

y catadura, acumulados de tal arte que resultaban codeándose en muda sesión, quiénes envueltos en vaqueta, quiénes en pergamino, el Angel de las Escuelas y el autor del Quijote, el benedictino Fray Martín Sarmiento con Marcial y Ovidio, el Padre Lárraga con el Petrarca y Aristóteles, Orlando Furioso y el filósofo Rancio, todos esos autores bajo la presidencia de un ochentón rollizo, rubicundo como un hicaco, de cabeza blanca, de genio desenfadado aunque algo colérico, gran tertulio de sus clientes, colegiales los más de ellos, recordador de infinitas particularidades de sus buenos tiempos de transición de la Colonia, a la República, y perpetuo biógrafo de nuestro primer bibliotecario, don Manuel del Socorro Rodríguez: tal era el proverbial don Pastor Losada, cuyo nombre suscita hoy tantas cariñosas imágenes y era entonces ludibrio de los acólitos vecinos y demás pilluelos de la calle, "la más traviesa generación del mundo", como dijo Cervantes de los que fatigaban al Licenciado Vidriera. ¡Interesantísima para propios y extraños era Bogotá en esos días, cuando quedaban aún tántas cosas viejas, cuando todavía muchos pensaban que podía urbanizarse sin necesidad de destruir lo que siquiera a título de curiosidad artística o histórica merecía ser respetado; y que hallándonos incapaces de rivalizar con otros en punto de novedades, debíamos alabarnos de saber apreciar nuestros tesoros de antiguallas! No existía ya, ¡oh dolor! la diminuta y más antigua de las iglesias bogotanas, El Humilladero, que con menos rabia demoledora y más hondo sentido estético hubieran podido y debido conservar los gobernantes de entonces, si no como reliquia de fe, al menos como adorno irremplazable y singularísimo del jardín plantado en homenaje al Hombre de las Leyes; y acababa de ser derribado el arco de donde tomó su nombre cierta medrosa calle; parado yacía casi intacto San Diego, refugio del arrepentido Solís; permanecía en pie la casa del Virrey con su ajimez de piedra; apenas comenzaban a parecer atentatorios a la igualdad republicana democrática los heráldicos blasones y leyendas de ciertos edificios; y no había disfrazado el barniz de brocha los primorosos entallados de roble y cedro de iglesias como La Tercera, en que derrocharon tánta habilidad como paciencia beneméritos artistas peninsulares y criollos injustísimamente olvidados. Por esas calles recogía limosna para la Virgen del Campo un lego franciscano de hábito azul oscuro y sombrerón gris, Hermano Eufrasio, cuya silueta dibujó fielmente el lápiz de Alberto Urdaneta; y de vez en cuando pasaban a coro graves canónigos de manteo, cuello de cuentas y sombreros de teja. Aún ejercía funciones en la Catedral el misterioso pertiguero vestido de hopalanda de seda de color correspondiente al día eclesiástico. La mantilla bogotana, de tan castizo y noble abolengo, señoril y airosa como un manto real, no había cedido el campo a modas exóticas de discutible gusto, sino campeaba ondulante en la plenitud de su dominio....

¡Venir a Bogotá por la primera vez! ¡el primer viaje a Bogotá! Vosotros, nacidos sobre las faldas de Monserrate y Guadalupe no

gustasteis ni imaginaréis nunca la hechicera ilusión, el embelesador encanto de tales palabras en el corazón de un niño provinciano de temperamento ardoroso y ensoñador, desaforadamente aficionado a las letras, y con tal cual instrucción primaria adquirida bajo el cuidado materno o en la escuela medio rural y medio urbana de su villa natal. Antes que el discernimiento y la experiencia viniesen a disipar el infantil espejismo, qué deliciosamente se barajaban en la mente del candoroso muchacho, prestándose irisaciones y atractivos, las diversas épocas de la historia patria, los personajes de los varios tiempos, todas las glorias y curiosidades de la metrópoli de Quesada y de Bolívar. Aquí hubiera el provincianito exclamado como el pastor de Virgilio:

*Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes  
Quantum lenta solent inter viburna cupressi.*

Esta era la ciudad quince y veinte veces más grande que cualquiera de las villas de Colombia: la de los interminables laberintos de calles donde se perdían los forasteros y desaparecían los niños, según las consejas: la de las veinticinco plazas y las treinta y ocho iglesias, la del observatorio encumbrado hasta muy cerca de las estrellas, la de los españoles y los patriotas, la vecina del Tequendama, la de don Angel Ley, la de Rusi y las doncellas emparedadas, la de los espantos de la calle del Arco, la de los almacenes colosales atiborrados de libros y juguetes; aquí era donde habían enterrado a toda prisa caudales en puro oro los españoles a quienes dejó atónitos el correo de las brujas el ocho de agosto de 1819 con la fulminante noticia del Puente de Boyacá; aquí respiraban, vivían y paseaban en carne y hueso aquellos semidioses, aquellos literatos maestros, aquellos portentos de ingenio y sabiduría, cuyos nombres, tan repetidos en las aulas y en las portadas de los libros, no era lícito pronunciar sino con una especie de temor reverencial e idolátrico asombro. ¡Esta era la ciudad atravesada por dos ríos con puentes y todo e iluminada por gas inflamable!

Era el tiempo de *El Repertorio Colombiano* y del *Papel Periódico Ilustrado*, España y Colombia acababan de reconciliarse.

Será talvez porque en la edad de los sueños todo se nos presenta del color que ellos mismos le prestan; será porque, tratándose de impresiones de adolescencia,

El alma del que mira es el encanto  
Que en más de una visión nos gratifica;

o porque la falta de conocimiento de los hombres y de las cosas nos lo hace ver con un nimbo de virtud y poesía; ello es que, a mi parecer, eran esos años, muy diferentes de los actuales, se sentía por dondequiera una palpitación de juventud, un como hálito de esperanza, un cierto hervor de intelectualidad muy propicia para las cosas del espíritu; como que las artes y las bellas letras eran objeto de mayor aprecio; y mirados sus cultivadores con más respeto que ahora; talvez la sociedad, no enfriada por ciertos desengaños, ni do-

minada por el "sentido práctico", se hallaba mejor dispuesta que hoy en día a interesarse en los torneos de la inteligencia. Anunciábase entonces que la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española (y mentar la Academia Colombiana, era mentar el olimpo de la sabiduría, el cenáculo de los inmortales) se preparaba a honrar al patriarca de las letras hispanoamericanas, don Andrés Bello, en el primer centenario de su nacimiento, para lo cual tenía abiertos varios concursos de elocuencia y poesía cuyos premios serían adjudicados en sesión pública extraordinaria. Asistir de cualquier manera, por sobre cualquier obstáculo y aunque hubiera de ser colándose a hurtadillas a ese próximo banquete de gloria y de inteligencia, era el proyecto, el sueño dorado del jovenzuelo, que en su afán no veía llegar la hora de tan gran solemnidad y a quien su padre, benemérito aunque modesto institutor y polemista católico de provincia e individuo correspondiente de la Academia, prometió un día, a guisa de premio estimulante, facilitarle la entrada a la sesión, valiéndose de su amistad con algunos de sus celebérrimos colegas. ¡Oh dulce expectativa! ¿y quiénes serían los valientes justadores en aquellas lides? ¿quiénes los afortunados vencedores? ¡Qué gloria tan apetecible para un joven ser uno de ellos; recibir coronas de aquellos sabios! ¡Qué ocasión tan feliz para conocer a las mayores notabilidades políticas y literarias, ya no de la República, sino de la América Española! ¡Bendito sea el padre y la madre que infundiéndonos el sentimiento de la admiración, depositaron desde temprano en nuestros corazones el germen de placeres inefables! La admiración es lo más divino que hay en lo humano. Admirar es amar, y elevarse, es gozar y es vivir.

Señores: es llegada la noche del veintinueve de noviembre de 1881. Hace cien años vino al mundo el amigo y maestro de Bolívar, el profundo legislador de la lengua castellana, el preclaro jurista, el cantor de la Zona Tórrida. Lo más granado de la aristocrática Bogotá afluye al edificio del salón de Grados, que espléndidamente iluminan muchas arañas cristalinas y reverberantes lámparas de gas, cuyos mecheros semejan mariposas de luz o amapolas radiantes. Más que custodiar, decora las puertas del salón una guardia en traje de gran parada. Entre murmullos de curiosidad y admiración, preludios de orquesta y fragancia de flores exquisitas y esencia de corte, remolinea por los sitios un raudal de femeniles abrigos, negros fraques y pecheras de nieve. Hace a la entrada los agasajos de recibimiento un hijo del Director de la Academia, travieso y guapísimo joven de chispeantes ojos y de cierta graciosa premiosidad en el hablar, en cuyo gentil desembarazo con puntas de llaneza se echa de ver al hombre avezado a tratar de igual a igual con las gentes de campanillas. A tan simpático faraute debe el provincianito un puesto que a pedir de boca no lo consiguiera mejor para satisfacer su curiosidad impaciente; y es un rincón en el palco de los músicos, donde batuta al aire anima y previene a su orquesta, con gritos y gesticulaciones de estilo napolitano, el profesor Oreste Síndici, el futuro compositor del *Himno nacional de Colombia*.

Excelente posición aquella para el intonso espectador, que hecho todo ojos y oídos atisba embelesado hasta los más menudos pormenores. No de otro modo un rapazuelo de la calle logra encaramarse en la cornisa más alta de la Catedral para ver a su gusto unas maniobras militares. El patio, las galerías y tribunas del aristocrático salón están colmados. Todo allí respira cortesía y elegancia; allí se han dado cita la inteligencia y la hermosura. No parece sino que Bogotá se hubiera dicho "Reunión como ésta no ha de verse por segunda vez." Exhuremos, con las debidas mudanzas, una relación de aquel tiempo. "El local está rica y artísticamente adornado. Sobre un excelente retrato del gran poeta y publicista, forman dosel las banderas de las tres Repúblicas que compusieron la antigua Colombia, patria de Bello, entrelazadas con la de Chile, patria de sus hijos; y de entre ellas se alza la bandera española, en memoria de la madre común, en recuerdo también de la Academia de la Lengua, que honró a Bello, y de la cual forma parte su correspondiente la Colombiana, y como símbolo, en fin, de la unidad de nuestra raza y civilización y de la reciente cordial reconciliación oficial de España y Colombia. En puesto conspicuo y conveniente, vese el busto de Bello, obra del escultor chileno señor Plaza, con una lira de oro y otros emblemas, elegantes macetas y profuso ornato de flores. Asisten los altos funcionarios del Estado, una comisión eclesiástica, el Cuerpo diplomático, representantes de la prensa y de corporaciones científicas y literarias y gran número de damas y caballeros. Más de setecientas personas ocupan el salón, las galerías y tribunas."

¿Quién tiene la presidencia honoraria que ocupa el solio? El presidente Núñez, aquel cuya profunda visión ponderan tanto y que, según vienen diciendo por lo bajo personas capaces de opinar en tales materias, prepara no sé qué planes recónditos de transformaciones políticas. . . . Y ¿quién sabe? Esa frente alta, que las sumidas sienas relevan, y sombreada por una mata de cabellos grises en forma de ala de águila; esos ojos garzos escrutadores, hechos a la luz y a las tormentas, profundamente resguardados por canosas cuencas, esa boca apretada bajo la espesa y albicante barba, esa mano derecha, descarnada y pálida que se contrae con el hábito de agarrar la pluma; esa delgadez de los miembros; toda esa figura, en que la materia parece como sutilizada y absorbida por el pensamiento, tiene algo de misterioso y nigromántico. ¡Qué penetrantes y raros esos versos suyos que corren por ahí en los manuales de lecturas selectas! ¿No son ellos muy diferentes de aquellos otros tan flúidos y sonoros que hemos aprendido a recitar en la clase? ¿Qué virtud tienen esos versos, a veces tan duros y cerebrales, para clavarse en la memoria y volverse proverbios?

Moisés . . .

Inspirado piloto más que experto,  
Colón de una terrestre inmensidad,  
Como en torno al Panal la abeja gira,  
Cual corre la ola en ciega dirección,  
Cual Sirio alumbra, aun más que el sol ardiente,

Así, a veces, un hombre en su alma siente  
Impulso de gloriosa vocación.

¿Sentirá el mismo doctor Núñez ese "glorioso impulso"? ¿y será ésa por ventura la causa de los murmullos políticos?

El corazón del hombre es un arcano  
Inescrutable, imagen del oceano,  
Laberinto sin límites ni fin....

La literatura de Núñez no es cosa de pasatiempo; late en ella algo trascendental: una pasión profundísima y meditatunda, junto con una filosofía que no usa de la métrica sino para difundirse con mayor poderío, en frases como centellas, con el calor y el ritmo de los grandes pensamientos que caldean los grandes corazones y necesitan expandirse.

Ese que a la izquierda del presidente está sentado, de alta frente, espesa barba negra y potentes gafas de miope, es el inteligentísimo Secretario (como decían entonces) de Instrucción Pública, a quien la voz popular designa con el colegialesco nombre de *Cachifo Becerra*. De la tribuna del Cuerpo Diplomático se destaca el busto congestivo del poeta José Antonio Soffia, representante allí de la patria adoptiva de Bello.

En torno de la gran mesa académica, frontera del solio, blanquean las pecheras y relumbran los anteojos, diríase que rituales, de los próceres del talento y la sabiduría, maestros insignes, orgullo del nombre colombiano, para quienes el absorto mozuelo, mucho antes de que sonaran por estos mundos el rechinante nombre y más rechinantes filosofías de Nietzsche, hubiera sido capaz de inventar, con el penetrante candor de los niños, la clasificación de los *superhombres*.

Terminada a grande orquesta una de las magníficas oberturas de Rossini, el hora anticuado pero inmortal Rossini, abre la sesión por medio de expresivo discurso el director de la Academia: fisonomía entre benévola y picaresca rematadamente española, con todos los rasgos de Cervantes y de Pereda; él es el saleroso costumbrista sabanero, prosador castizo como pocos, el laborioso legislador de la ortografía, el autor de *La Perrilla*: es Maroquín.

Aquel de la cabeza romana, cabellos de azabache y pálido rostro que mira con guiño investigador y desdeñoso, es el formidable Aquiles de *El Tradicionista*, el intérprete de Virgilio, el gran polígrafo, especie de Miguel Angel de la literatura americana, cuyo puesto propio hubiera sido entre los Sannazaros, Bembo y Polizianos: es Caro.

Esa resplandeciente calva que se ve ser prematura por el contraste con una negra y tupida barba y unos ojillos muy expresivos, pertenece al príncipe de la filología hispánica, al autor de las *Apuntes críticas sobre el lenguaje bogotano*, al que acopia en este rincón andino y en lo alto de una fábrica de cerveza los materiales para el mayor monumento levantado a la lengua de Cervantes: esa

es la cabeza del santaferño corresponsal de Díez, Hartzenbush, Dozy y Engelmann, del futuro doctor honorario de la Universidad de Berlín, de Rufino José Cuervo.

Siéntase junto a él un más bien que émulo, amigo íntimo y compañero suyo en erudición filológica y en la formación de otra obra portentosa de lexicología castellana, cuyas muestras, publicadas pocos meses antes en un fascículo que honra a la tipografía bogotana, ha puesto asombro en los entendidos por el precoz y estupendo saber que exhiben, por la paciencia benedictina que denuncian; es un hombre de hermosísima fisonomía de tipo arábigo: es Venancio González Manrique.

Ese anciano cuya cabellera nívea y aborascada parece una corona patriarcal, es el Homero de Colombia, el apologista de *La Caridad*, el de la mente soberana que se cierne en las alturas como las águilas del Tequendama, el que cantó con arrebatada inspiración

De nuestra parte la inmortal bandera,

el sublime elegíaco de *La monja desterrada* y *La última luz*: es José Joaquín Ortiz.

Codéanse con él su coetáneo el cariñoso rebuscador y paladín de nuestras vejeces, el exquisito resucitador de nuestras crónicas, fino crítico de bellas artes, delicado poeta y costumbrista, autor de los *Apuntes de ranchería*, Caicedo Rojas.

El de alto y enjuto cuerpo, escasa barba, semblante catoniano, es Sergio Arboleda, de cuyo carácter íntegro y severo es trasunto la pergaminosa rigidez exterior de su persona. Míranle todos con respeto, como a verdadero sabio, institutor, profundo jurista y (como dicen ahora con palabra tan antipática de forma como de origen y de historia) sociólogo de mucha cala, autor de estudios de geografía, política y economía pública muy ricos de sustancia.

El otro, de bastas líneas, espesas cejas juntas y adusto semblante es el nombrado profesor de ciencias jurídicas, publicista, erudito comentador de Bello, periodista de grande intención, suelta y gallarda pluma, director del *Repertorio Colombiano*: es Martínez Silva.

Ha designado la Academia, haciéndole justicia como a lector insigne, al más joven de sus individuos, para leer el discurso pronunciado por Bello en la instalación de la Universidad Chilena en septiembre de 1843. ¿Quién es ese académico en el arte de la lectura? ¿Quién el Benjamín de la Academia? Es el celeberrimo profesor de gramática, cultivador del género novelesco, atildadísimo hablista, enamorado del buen decir, caballeroso paladín de la honra e integridad de la lengua castellana, que lleva dignamente en el campo de las letras un apellido famoso en la historia militar de la caballería española; es Diego Rafael de Guzmán. Con qué garboso aliento hace resonar los periodos de la sobria y galana prosa de Bello! "Todas las verdades se tocan." ¡Cuán enfático relieve da a las sentencias dominantes; qué bien acentúa, disparándolos como dardos, aquellos versos de Lucrecio y aquellos de Chénier tan primorosamente engarzados en el discurso universitario:

.... Medio de fonte leporum  
 Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit.

.....  
 Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire  
 Anime la fin d'un beau jour,  
 Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre!

¿Cómo olvidar al cabo de treinta y ocho años, ni al de toda la vida, unos tales versos, y leídos así y bajo la impresión de aquellas circunstancias?

El director de cierta compañía dramática recién establecida y muy bien acreditada entre la mejor sociedad de Bogotá, el joven catalán don Secundino Annexi, personal amigo de nuestros académicos, lee con regalado acento español la silva *A la agricultura de la zona tórrida*.

Llega ya el momento de la emoción suprema en la solemnidad: van a publicarse los nombres de los vencedores en los concursos y a adjudicarse los premios.

Entra en escena el Secretario Perpetuo de la Academia; y no digo que se *incorpora*, ya que talvez sería demasiado enérgica la expresión tratándose de *cuervo* tan enclenque y diminuto como ese que renqueante y poco airoso a despecho del frac, se pone en pie cerca de la mesa académica, y dentro del cual, tras de ese rostro flacucho y anguloso terminado en pobre chiverita de color de azafrán y que mira con ojuelos juguetones a través de unos espejuelos de oro cuadrangulares, es increíble, sí, increíble que esté latiendo aquella alma volcánica, aquel corazón como una tromba de fuego que lanza rugidos de pasión en el canto *Al Niágara* y en tantas poesías de amor tempestuoso: dentro de esa jaula de espartos trina el ruiseñor melancólico de *Elvira Tracy*, de *La noche de diciembre* y el *Preludio de primavera*. No parece sino que la naturaleza se divertiera en exhibir contrastes y aparejar antinomias; pero no: esas aparentes contradicciones y extraños desconciertos, la tartamudez de Demóstenes, la nariz descomunal de Cirano, la cojera de Byron, la pequeñez corporal de Bonaparte, la deformidad de Ruiz de Alarcón, el raquitismo de Rafael Pombo, deben de tener, además de las explicaciones dogmáticas generales, fundadas en el desorden original del hombre y de la naturaleza, cabal justificación o rectificación en los designios tan bondadosos como secretos de la Providencia respecto de cada uno, y en el orden de otras más altas leyes, dentro del cual las fealdades y discordancias que acá vemos han de contribuir de algún modo a la soberana armonía de lo creado.

Ha tenido Pombo el capricho, que no es el primero como no será el último ni el mayor de su vida, de querer ensayarse esta noche en la pronunciación a la española de la *ce* y la *zeta*; lo que da ocasión a los comentarios maliciosos intra y extra-académicos que son de suponerse. Así lee los informes de las comisiones calificadoras de los concursos.



La relación de antaño, ya citada, continúa:

“El primer premio consiste en el diploma de Académico correspondiente, un ejemplar de las poesías de Bello, impreso en vitela por encargo especial de la Academia, y trescientos ejemplares impresos de la obra premiada.

“Acordó la Academia dividir este primer premio en dos de primera clase, concedidos a dos meditados e interesantes trabajos, iguales en mérito, a juicio de la Comisión calificadora.

“Son éstos: *Un Estudio crítico sobre la restauración y comentario del Poema del Cid por don Andrés Bello*; — *Un ensayo crítico sobre la Gramática*.

“Muchas composiciones nacionales y extranjeras se presentaron al concurso de poesía.

“Del severísimo examen de la Comisión resulta adjudicarse como premio la medalla de oro ofrecida, al autor de una silva que anónima se lee ante la concurrencia.

“Con prolongados y repetidos aplausos recibe el público las valientes estancias del incógnito poeta, y parece que quisiera con su entusiasmo añadir grados de aprobación al voto de la comisión calificadora.

“Por mano de damas allí presentes se abren los pliegos de los nombres ignorados, en medio de la espectación pública y la de los mismos académicos, que se pierden en dudosas y contrarias conjeturas.

“He aquí los autores de las piezas premiadas: *Estudio sobre el poema del Cid*, Lorenzo Marroquín; *Ensayo sobre la Gramática*, Marco Fidel Suárez; *Silva a la memoria de Bello*, Ruperto S. Gómez.

“Con muestras generales de júbilo y vítores ruidosos son acogidos los nombres de los vencedores.”

Con los ojos fué de sus órbitas y latiéndole el corazón de entusiasmo, el fogoso provincianito los ve pasar a recibir las coronas, siéntese vencedor con ellos, aplaude con todo el cuerpo y con toda el alma, juntando sus aclamaciones insignificantes a las del espléndido concurso, como el gorrioncillo del bosque une sus gorjeos al concierto con que saluda la naturaleza al sol de primavera; y cuando, cerca de media noche. . . ve que la fiesta ha terminado y que el salón va quedando vacío, no quiere desencaramarse de su rincón en el palco de los músicos, como para seguir aspirando el hálito de gloria que allí circula con los nombres de Bello, Caro, Cuervo, Manrique, Pombo, Marroquín, Ortiz, Arboleda. . . Cada uno y cualquiera de esos nombres bastaría para ilustrar una época. ¡Y haber visto a sus famosos dueños reunidos en torno de una mesa! Aquello parecía un sueño. En la fantasía del adolescente danzaban risueñas visiones juveniles cantando las primeras estrofas de poemas futuros. ¿Cruzó por su mente la idea de sentarse algún día en un sillón de la Academia colombiana? Todo es imaginable en los delirios de la adolescencia.

Desde el momento en que apagaron aquellos mecheros de gas que parecían mariposas de lumbré o radiantes amapolas, hasta el

presente, han transcurrido casi (no escribo novela, aunque lo parezca) han transcurrido casi treinta y ocho años. ¡Oh estrago del tiempo, materia siempre nueva para las más tristes meditaciones! Muy pocos, ¡oh! cuán pocos viven de los que asistieron a la solemnidad del centenario de Bello! Figúrome repentinamente momificado y convertido en un cementerio como un coliseo pompeyano el armonioso y espléndido salón de aquella noche inolvidable: el mismo salón que acoge esta ola humana y oye ahora nuestro murmullo de un instante, y que, teatro de tanta historia, ha venido a ser por singular destinación y coincidencia el albergue de otra academia, la que tiene por su instituto el cuidado de la Historia Patria.

Vive, y gobierna felizmente a Colombia, el egregio escritor que aquella noche apareció en el mundo de la gloria y cuyo nombre ocupa lugar entre los de Bello, Caro, Cuervo y González Manrique.

Sábase que asistió a la fiesta un joven escritor en quien premió la divina munificencia las virtudes y singulares merecimientos de su padre como educador de la juventud, y cuyos talentos anunciaban al futuro Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el egregio doctor honorario en sagrada teología y coloso de la cátedra sagrada, que tiene por costumbre improvisar obras maestras de elocuencia y quedarse como quien hace la cosa más natural del mundo.

También asistieron (¡quién lo supiera aquella misma noche!) dos niños de los cuales el uno había de compartir a pocos años con Caro y con Menéndez y Pelayo el cetro de la crítica en el imperio del habla castellana; y el otro, vástago de una raza de titanes, descollaría desde su primera juventud en el campo del periodismo político y en las lides del parlamento.

El menos perspicaz hubiera visto en ellos a los sucesores naturales en la Academia de los Caros y Cuervos.

Sobrevive, y es precioso eslabón entre la antigua y la nueva generación académica, el hoy Secretario Perpetuo, en quien respiran las tradiciones del sabio instituto que nació en casa de Vergara y Vergara. Los años no enfrían su entusiasmo por la belleza literaria, y hoy es como *entonces* el paladín armado de todas armas pronto a entrar en liza por el honor e integridad de la Lengua Castellana.

Vive, no ya el provincianito aquél, sino el provinciano, envejecido, desiluso y estropeado, como un sauce desfalleciente ceñido de madre selvas tardías: quédanle, sí, su entusiasmo por las glorias de la nación colombiana, su devoción por los hombres que le conquistaron tan alto puesto entre los pueblos inteligentes, su apasionado, tierno y suspirador cariño por las tradiciones, usos y costumbres de la tierra nuestra, por la patria familiar y campesina, escuela maternal, hogar sencillo, pero fecundo en que se educa y disciplina, al calor de las virtudes domésticas, con la modestia viril de los antiguos, la Patria grande que aparece ante el mundo, la de los estadistas, los sabios y los héroes.

No constituyen, ciertamente, estos amores, por grandes y puros que sean, títulos bastantes para ingresar en esta ilustre Academia; y otros no puede exhibir el provincianito. En justicia, señores, debis-

teis dejarlo donde estaba: encaramado en un rincón del palco de los músicos admirando y aplaudiendo las obras gloriosas con que vosotros todos sabéis mantener y acrecentar el caudal de ciencia y de merecimientos heredado de los insignes varones que os precedieron.

Pero un día la vieja amistad —no pudo ser sino ella— propensa a equivocarse por cariño, insinuó entre vosotros un nombre sin resonancia literaria. Los votos de la benevolencia fueron más numerosos que los de la justicia; y por obra suya aquí tenéis al provinciano de marras dirigiéndoos la palabra no para otra cosa que para daros las más rendidas gracias y humillarse con la consideración de que, sobre haberlo elegido sin títulos, le llamáis a ocupar la vacante. . . . no me atrevo a decirlo sino en voz baja, y Dios sabe qué acto de humildad tengo que hacer para mirarme al frente de tal genio de la poesía —¡la vacante de Rafael Pombo! . . . Ya está dicho, y no me queda sino guarecerme a la sombra de aforismos caritativos como el de aquel de que “las comparaciones son odiosas”.

Pero como, a pesar de todo, han de ocurrir comparaciones, me doy a pensar, y ese ya no es pensamiento humilde sino reacción del amor propio mortificado, que reemplazar a Rafael Pombo es cosa reservada a muy corto número de mortales.

De la obligación reglamentaria de hacer su elogio redimen a mi incompetencia los magníficos estudios que en varias ocasiones, y especialmente en la coronación del altísimo poeta, hizo quien dignamente podía juzgarlo, el compañero y sucesor de Menéndez y Pelayo en el magisterio de la crítica; la magistral pieza oratoria leída como homenaje de la Academia de la poesía, y el no menos elocuente discurso necrológico pronunciado como tributo de la Academia por un colega vuestro sobre cuya tumba, abierta há pocos meses en tierra extranjera, deposito yo un recuerdo de amistad cariñosa.

Ni, ¿qué podría yo decir que no fuera vana tentativa de interpretar lo que mi raza y mi nación y yo sentimos de aquel poeta nuestro, tan profundamente nuestro y tan universal, que embelesado ante el cielo nocturno de diciembre en raptó de pasión casi mística nos hace oír

Lo que oídos mortales nunca oyeron,  
Lo que habla el serafín al serafín;

nos pone a sentir

Un dolor de hermosura irresistible,  
Un miedo profundísimo de Dios,

y esa

Angustia de hermosura,  
Ese miedo de Dios que al hombre da  
El sentirlo tan cerca, y cuyo nombre  
Es eterno en amor: —¡Felicidad!

Qué diría yo de quien hoy y todos los días, a despecho de la muerte,

Púlsa discretamente el corazón  
 Con manos de mujer y de poeta,  
 Artista del cariño y del dolor?

“¡De Byron no lo bajo ni una línea!” decía de él su colega de inmortalidad el cantor de *La luna*. El mayor de los críticos de lengua castellana reconoció en Pombo “un modo de sentir la naturaleza hondo, viril y nuevo en nuestra literatura”, a la manera de Byron y de Bryant; lo reconoció antes, mucho antes que la corriente modernista, a veces menos agitada por la sinceridad que por la cursi novelería, llegase a estas nuestras latitudes a sacarnos del limbo de nuestras crónicas telarañosas. Cierta delicada amistad, por un lado, y por otro una casualidad feliz trajeron a poder mío un cuadernillo autógrafa, ya amarilloso y carcomido, cuya portada dice: *Exabruptos poéticos de Rafael Pombo, Popayán, 1855*, y un ejemplar de las poesías de Bryant, minuciosa y ricamente anotado por el autor de *Las Norteamericanas en Broadway*; libros uno y otro en que es curiosísimo observar la predilección de nuestro poeta por esos afines suyos, el estudio de ellos hecho por él a través de cuarenta años, y en parte la explicación de aquella tan interesante afinidad notada por el autor de *Horacio en España*. Pero en punto de elevación moral, ¿cómo comparar siquiera a Pombo con el poeta de *Don Juan* y de *Manfredo* y del *Pirata*? Y en cuanto a variedad, amplitud y flexibilidad de genio y de tonos, pregunto a vuestra erudición cuáles son en las demás literaturas, que vosotros tenéis tan bien conocidas, los rivales de aquella sensible y vehementísima “*Edda* la bogotana”, monstruo de inspiración cuya alma varonil, sacudida por las tormentas, vibra con acentos estremecedores, como una arpa selvática al soplo de las brisas del Niágara,

Mar desfondado al peso de sus ondas;

y luego compone con honda intención docente y exquisita *vis cómica* los *Cuentos morales* y las *Fábulas y verdades*; y relata, como lección de templanza higiénica y trabalenguas para los tartajosos, el fulminante caso de *Doña Pánfaga*; y traduce a Horacio con mayor sinceridad y pujanza que Moratín y Burgos, escribiendo versos tan briosos como aquéllos:

¿Qué vale el sandio querellar doliente  
 Si hiriendo a los malvados no se corta  
 Con el castigo el árbol del delito?  
 ¿El sabio texto de la ley qué importa  
 Si vivo en las costumbres no anda escrito?

En esa inmensa lira de su alma vibran las cuerdas de todos los sentimientos. Llora, arrulla y se queja como una mujer enamorada; siente y pinta las intuiciones, delicadezas y originalidades de la pasión femenina; y es notable que en más de una ocasión la índole de su afecto lo fuerza a poner sus versos en boca de mujer; adocrina, discurre, a veces con amarga indignación, como un filósofo; celebra

con épico entusiasmo a los héroes de la historia patria; observa y ausculta la naturaleza con el cariño reverente de los artistas y de los sabios; juguetea como un parvulillo de escuela, entreteniéndose en seguir tras de una mariposa o de un ratoncillo, u oyendo los más insignificantes ruidos de la naturaleza, para extraer de todo ello un tesoro de útiles reflexiones; vierte a su propio idioma poético obras maestras antiguas y modernas y mejora los originales; y hace todo esto con tal variedad de formas, y con una riqueza de vocabulario que revelan en él a un perfecto conocedor de los secretos del ritmo y de los tesoros de nuestra lengua. En el alma de Pombo la profundidad del pensar se compenetra con la del sentir; toda idea es pasión y toda pasión se vuelve idea; y a éstas da forma originalísima la fantasía exuberante, enriquecida con los suministros y provisiones de la observación y de las ciencias naturales. La originalidad es hija de la profundidad. En los versos de Pombo vamos de sorpresa en sorpresa, de claridad en claridad, de revelación en revelación.

¡Qué precioso sería un florilegio de sus sentencias poéticas, al estilo de los que con tanta gracia hacen hoy de sus grandes poetas los europeos, señaladamente los ingleses!

Para Pombo el Niágara es un "monstruo de gracia"; el silencio de la noche un "místico disfraz de un concierto inmortal"; la "grandeza misma del Creador

Es la que nos impide verlo aquí;  
 Pero El, como una atmósfera de gracia  
 Se hace entre tanto por doquier sentir."

En la tarde "hora del perfecto aroma, hora de fe, de intimidad perfecta",

Cuanto es ya el suelo en fuego y tintes falto,  
 Es de ardiente el espíritu y profundo;  
 Y abiertas las esclusas de lo alto  
 Flotamos como en brisas de otro mundo.

.....

Nadie dejó de amar si amó de veras.

.....

¡Ayl lo que pasa no es: es sombra, es nada;  
 Y no hay más que una realidad: lo eterno.

.....

Corra el tiempo del mundo para el mundo;  
 Nuestro tiempo en el alma lo llevamos.

.....

Ir de esa fiel baquiana del espíritu,  
 Caritativa música, al rumor,  
 Resucitando antiguos paraísos,  
 Repadeciendo la íntima pasión!

Ofrecido en el cáliz de la música  
 El dolor mismo es néctar celestial,  
 Reactivo milagroso, en corazones  
 Que el hielo humano emparamando va.

Necesario es que, para gloria de Colombia y deleitoso provecho de la humanidad, hagamos el florilegio de nuestro poeta. Fue Pombo uno de aquellos que han pasado la vida escribiendo versos, no por entretenimiento, no por granjear vanos aplausos halagando los oídos,

Al resbalar de lágrimas y rosas,

sino porque tiene mucho que decir, cediendo a la fuerza expansiva incontrastable de las ideas calurosas, a una necesidad espiritual irresistible de verter en ritmos exteriores las armonías del alma, a la divina pasión de la belleza: la belleza, que no es sino la verdad y la bondad misma, pero subidas en algunos seres o manifestaciones suyas, a una potencia altísima de relieve y elevadas a la temperatura de la irradiación atractiva.

Pombo fue grande siempre; lo fue como poeta y como prosador, como artista y como crítico; grande hasta en la excentricidad, hasta en los principios literarios de su decadencia: así como el arpa de encantados sonos aun al destemplarse despide notas de estridor melancólico; el titán es titán aunque tropiece o se esparranque. Pombo fue admirable de gracia e ingeniosidad hasta en los sonetos del *Revólver místico* y otros que, movido por gentilísima amistad, componía para el *Almanaque del Pórtico*; hasta en su devoción poético-maniática a la que en los últimos años hizo señora de sus pensamientos, la Homeopatía; llevado del cual me dijo a mí un día con ánimo de ganarme a su escuela terapéutica: *La fórmula más fecunda que se ha inventado es la de "Similia cum similibus curantur": Jesucristo es homeopatía; Hombre Dios y Redentor contra hombre pecador; la Virgen María, mujer Inmaculada contra mujer pecadora, homeopatía; homeopatía Cristóbal Colón, Isabel la Católica y el Gran Mariscal de Ayacucho; la poesía verdadera, que sale del alma y toca el alma, homeopatía. . . .* Y así, por ese orden, y en fuerza de razones que él se explicaba. Fue grande en sus apasionadas amistades, como la que profesó, entre otros, a don Rufino José Cuervo y al inolvidable caballero a la antigua, anciano presbítero don Francisco Jiménez Samudio, a quien llamaba *su héroe favorito*, y al cual describió en el acto de verdad heroico de lanzarse a apagar un incendio nocturno, y cantó en un soneto en que se dice:

Cayó del toldo y se colgó del rejo.

Fue el amor de la Patria, de la dulce patria colombiana, uno de los más encendidos amores de aquel corazón generoso en que no cupieron tibiezas. De sangre de próceres castellanos, la suya hervía al sol de nuestras glorias épicas. Los viajes y larga permanencia en tierra de otro idioma y otra raza, la vida cosmopolita dentro del mercado neoyorquino, el trato con tantos hombres de diversas na-

cionalidades, el conocimiento familiar de extrañas lenguas y literaturas, no sirvieron sino de aquilatarle aquel nobilísimo sentimiento patrio, religión humana de las almas gentiles.

Pombo idolatró su patria, la estudió muy a fondo, la observaba con ternura de hijo, vivía preocupado con su mejoramiento, bebió en ella muchas de sus mejores inspiraciones, y se las devolvió en versos exquisitos que ella supo pagarle agradecida confiándolos para siempre, junto con los de Gutiérrez González, y como prendas de familiar afecto, a la memoria y al corazón de sus hijos; verificándose así en esos dos nuéstrs, como en todos los cantores excelsos, la ley del flujo y reflujo entre el poeta y su pueblo, de la influencia recíproca entre la literatura y la nación de donde brota. La cuerda patriótica popular es una de las que más regaladamente suenan en la lira de Pombo. Querría yo fijarme por algunos momentos en ese aspecto, en ese espíritu nacional del *Bambuco*, por donde su grandeza es para mí menos inaccesible, y con el cual concuerdan aquellas aficiones populares mías que, ya lo tengo dicho, son mi único y pobre título, si alguno tengo, para sentarme entre vosotros.

\*



La inspiración nacional en la literatura es asunto, digámoslo a la modernísima, de *palpitante actualidad* en esta hora de sobrecogimiento en que anuncian fundir en uno todos los pueblos, en nombre de no sé qué doctrinas reivindicadoras e igualitarias de reconstrucción social. A mi parecer, ese tal humanitarismo cosmopolita, que niega la existencia del espíritu y estropea los fueros del corazón, y que, comenzando por desconocer las diferencias nativas entre los hombres, pretende allanar los linderos de las naciones para hacer de todas una sola vivienda falansteriana, es, por antinatural y *antihumano*, injusto, profundamente trastornador, y por lo mismo profundamente antiestético. Semejante plan reconstructivo se basa en un conjunto de ideologías, de suposiciones gratuitas, de quiméricas abstracciones, cual sería la de suponer a los hombres convertidos de la noche a la mañana en unas ciertas entidades monótonas, absolutamente uniformes, obedientes a una pequeña disciplina automática que haría de la humanidad un ingeniosísimo mecanismo, caja de títeres de carne y hueso, pianola social que estuviese cantando eternamente en una sola nota de la escala. Pero en cuanto se consintiese la menor diferencia, luego se vendrían otras y otras, y a pocas vueltas tornaría la humanidad a sus resabios de desigualdades de todo género, y a distribuirse y separarse por medio de fronteras, y al balanceo de las diferencias y a la aspiración de concordar las disonancias: es decir, y gracioso es decirlo, a la revolución de la armonía. No he de divertirme en hacer "variaciones" sobre este "motivo"; y sólo pregunto: ¿Qué serían los hombres según el plan humanitarista e internacionalista? ¿semíángeles? Pero los espíritus celestiales mismos sabemos que se hallan repartidos en jerarquías. Todo en los universos se halla dispuesto de esa misma manera; todo se rige y gobierna por esa ley.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE COLOMBIA  
BOGOTÁ, D. E.

altísima de graduación, de variedad y unidad, de donde resultan el orden y la belleza. Los seres que pueblan la tierra están divididos en reinos, órdenes y familias con sus caracteres propios, que anotan los naturalistas. Ese hormiguero reverberante de los espacios celestes no es, si vale decirlo, sino el eco luminoso del acompasado movimiento de infinitos enjambres de sistemas que giran cada uno en derredor de su centro propio y dentro de sus respectivas órbitas, sin osar invadir las ajenas: todo conforme a la soberana ley de la armonía, "de donde brotó la fábrica del universo", y que inspiró la filosofía de los pitagóricos. La voluntad y el corazón humano, para aficionarse a algo con vehemencia, y aun las potencias cognoscitivas para avezarse a las investigaciones y adquirir fuerzas con que lanzarse a las esferas de la especulación metafísica, han menester primero de cosas concretas y cercanas que miran como suyas, sin satisfacerse con la sola sutil niebla de las abstracciones lejanas. El amor humano va expandiéndose y obrando dentro de círculos concéntricos, de los cuales el primero rodea el hogar, *hogar*, *focus*, *foco* de los más entrañables afectos, con su crucifijo heredado de los abuelos, su cocina rústica y fragante y su solar con manzanos ruborosos; el segundo, el municipio, la parroquia con la iglesia de nuestra primera comunión y nuestro mes de María y la plaza de nuestras fiestas, la escuela de nuestras recitaciones, y la estancia de nuestros juegos infantiles; el otro, la provincia de nuestros mercados; el otro, el departamento con sus puntillos regionales; el mayor, la Patria, la gran Patria, sembrada de laureles épicos y resplandeciente de gloria; y por fin el círculo máximo, dilatándose cuan ancho es el mundo, abarca la humanidad entera, que en un concierto de muchos idiomas invoca al Padre universal que está en los cielos, y más o menos vagamente y con una u otra forma anhela por el día en que no haya sobre la haz de la tierra más que "un solo rebaño y un solo pastor". Este sí es el concepto racional y cristiano de la humanidad, que todo lo concierta y aduna; y no aquel otro que sacrifica a un fantasma como el ídolo moabita, implacable y despótico, los organismos vivientes de la naturaleza. Así como no le es lícito al Estado traspasar el santo dominio del hogar, así tampoco es lícito a esa tal *Humanidad* materialista y atea allanar los linderos de las naciones.

Más que nunca importa hoy en día insistir con braveza en tales afirmaciones; y más que a otras algunas les interesan ellas a las naciones que por su relativa inferioridad e incipiencia se hallan en peligro ante la voracidad "penetrante" de otras de más músculos y ningunos escrúpulos; y como a nadie, nos interesa a nosotros, a quienes nuestras singulares ventajas mismas naturales, por un lado, y por otro nuestra escasez de recursos defensivos de toda clase, nos exponen mucho, y, como quien dice, en uno de los puntos más amenazados, a las embestidas o a los abrazos sofocantes de la codicia victoriosa. ¿Para qué disimularlo? Las circunstancias son de extremo peligro; y resueltos ciertos conflictos entre los que tienen o creen tener en sus manos el señorío del mundo, serán por ventura más arduos los problemas que se nos pongan de frente. ¿Cómo los resolveremos? ¿Se



halla nuestra nación en capacidad de desenredarse de los ardidés de la diplomacia, de repeler los asaltos de la fuerza, de resistir a las tentativas de la absorción disimulada, de la penetración pacífica; o se encuentra floja, anémica y desprevenida? Pues si tal fuera el caso, urge, urge sobremanera prevenirnos con el remedio.

Pero el remedio ha de venir primero y principalmente de dentro. ¿A quién ha de incumbir sino a nosotros mismos el definir nuestra persona internacional, y para ello avigorar la idea-sentimiento de la Patria; idea-sentimiento que, como muy bien lo ha dicho un gran crítico, hunde sus raíces por debajo de los intereses materiales, siquiera sean ellos grandes y sólidos, hasta rodar en las honduras del misterio? El principio de toda reacción saludable ha de estar dentro del organismo. Si aquél se agotó, no hay facultativos, no hay drogas, no hay tónicos, ni hay climas buenos que valgan. De fuera sólo pueden venir confortativos, refuerzos, medios auxiliares secundarios. Empréstitos extranjeros, modas exóticas, novedades *palpitantes*, lenguas extrañas, métodos ultramarinos, ¿de qué sirven sobre un sujeto, nación, organismo, paciente cualquiera, exhausto, corrompido, inerte y sin cohesión? El principio vital, potencia individualizante, centro de unidad, foco de operación, núcleo de actividad, no se trae de fuera, no se importa como una mercancía. Tenemos nosotros mismos que afirmar nuestra personalidad interna, nuestro carácter, nuestro yo; tenemos que sacar fuerzas de flaqueza, explotar y cultivar nuestros elementos materiales con nuestro ingenio puesto al servicio de nuestra voluntad, nuestra incontestable voluntad de ser y de vivir, de ser nación fuerte, nación *sui juris*, con tipo propio, con rasgos fisonómicos propios, con destino propio, con historia propia; nuestra voluntad bajo el amparo de Dios: ahí está el secreto, el resorte que hay que robustecer y afinar, el germen que tenemos que fomentar.

Como veis, señores, se trata de una obra de educación, de formación, y que, como tal, se dirige primero y esencialmente a la voluntad, y secundariamente a las demás facultades, pero sin descuidar ninguna de ellas. Nunca lo repetiremos bastante ni con suficiente resonancia: nuestro gran problema no es militar, no es económico, no es político: nuestro gran problema es ante todo y sobre todo educativo, y se resuelve con educación. Las grandes naciones ninguna otra cosa fueron que pueblos bien educados; la santidad y la felicidad no son sino el fruto de la educación perfecta.

Y ¿cómo no ver la función acaso decisiva, que a la literatura corresponde en tamaña obra de educación trascendental, que proponiéndose, como ya he dicho, por objeto primario el temple de la voluntad, necesita para lograrlo armónica y cumplidamente, poner en juego y formar al propio tiempo todas las demás capacidades humanas? Es la literatura la que con los prestigios de la belleza hace resplandecer a nuestros ojos los ideales que hemos de perseguir y nos infunde entusiasmo para correr tras ellos. Su más pura y desinteresada forma, la poesía, tiene por "esencia misma", como lo dijo el gran crítico Mateo Arnold, "exaltarnos, ennoblecernos y colocarnos en estado de espíritu superior al en que de ordinario vivimos".

Es la literatura la que, soplando sobre las osamentas polvorosas de archivos y museos resucita con la vara mágica de la historia artística las edades que fueron, y nos mantiene en trato con la gloriosa familia de los héroes y próceres antecesores nuestros; ella la que canta las proezas de nuestros bravos y los descubrimientos de nuestros sabios; ella la que animando la tradición establece solidaridad entre las antiguas y las nuevas generaciones y excita la conciencia de la personalidad social; ella describe las hermosuras de nuestros valles y montañas, nos embelesa con la pintura de las costumbres patriarcales, nos encariña con esta heredad nuestra del alma, nos devuelve en suspiradora imagen a la sabrosura y dulce abrigo de la "estancia" rústica, hogar de nuestros mayores, recoge los latidos de nuestro corazón y da voz a nuestras ternuras y a nuestras indignaciones; nos consuela y nos estimula al trabajo duro y monótono cantando en medio de la fatiga con el pajarillo del apólogo; ella es, en suma, la que, a modo de brisa benéfica, agita y mantiene en "hervir vividor", en bullente oleaje, aquel espíritu de familia que es la savia de las nacionalidades y el principio conservador de su integridad e independencia. ¡Qué grande, qué noble oficio el de la literatura! ¡Con cuán profunda sabiduría denominaron los antiguos a estos estudios *humaniores litterae*, que tienen la virtud de hacer a los hombres más hombres, de acercarlos más al tipo ideal del hombre! ¿Y aún hay quien desdeñe los estudios literarios por inútiles, por poco *prácticos*? ¿Hay nada más noblemente "práctico" que educar al hombre, consolarlo, enaltecerlo? ¿Todavía se acusará a la literatura de excesiva preponderancia entre nosotros y se aducirá como una de las primeras causas de nuestras deficiencias el haber demasiados poetas en Colombia y la ociosidad de los poetas? *Vae poetis!* con cuánto gusto acometería yo, a consentírmelo la ocasión y vuestra paciencia, la apología de estos hermanos y compañeros míos de profesión, a quienes no quisiera yo ahora llamar con el calificativo horaciano *genus irritabile*, sino más bien *genus lacrymabile vatum*.

¡Qué ceñudo los mira el "practicismo mercantilista spenceriano que se nos entra por las puertas con los puños henchidos de oro y hollando el decoro patrio! Y, cómo han de quedar parados los poetas en el sistema educativo del pedagogo inglés, cuya norma es la utilidad, ya sabemos cuál, cuyo fin es el éxito, y cuya primera condición para lograrlo en este mundo es ser el hombre un buen animal, así como "la primera necesidad para la prosperidad de las naciones consiste en componerse de buenos animales"!

¿Que existe una plaga de ociosos versificadores *invita Minerva, renuente deo*? La culpa no es de Minerva ni de Apolo. Es claro que los tales aficionados están de sobra en cualquier República, aunque no fuera la de Platón; pero hay también muchos ociosos aficionados a cierta ganadería, a ciertas leyes, a cierta farmacia y a otras semejantes profesiones, harto más dañinos que los inofensivos versificadores. Por otro lado, si la fantasía poética o poetizante se descarrila y extravaga, también ocurre descarrilamiento de las demás facultades humanas, y en todo género de empeños y disciplinas. Por lo menos,

tantos prójimos como buscando un consonante o enredando el asunto de una novela, han enloquecido cavilando en la cuadratura del círculo, la piedra filosofal, el movimiento perpetuo, el elixir de la juventud, el falansterio y la palíngenesia del cosmos. Lo que interesa es que una vigorosa educación moral, intelectual y física temple, dirija y encarrile las facultades artísticas y domine cualesquiera tendencias a la "ociosidad melancólica", tan oportunamente mencionada por el maestro Milá y Fontanals. ¿Y de cuál de los grandes poetas con quienes se honra la patria colombiana puede decirse que haya sido un *ocioso*? Vayan respondiendo los anales patrios, que nos dirán cómo de nuestros mayores hombres de acción en todo terreno, muchos, acaso los más, han sido insignes cultivadores de las letras, si vamos contando desde aquellos conquistadores *letrados* y cronistas-poetas de los antiguos días hasta los filólogos industriales y los poetas ingenieros, políticos, legisladores, pedagogos y campesinos del tiempo de la República. Nuestra historia está amasada con poesía: ella es la levadura de nuestra raza y pueblo: poesía épica y caballerescas en los Balboas, Quesadas y Rondones; poesía de sublime abnegación en los misioneros; poesía de legendarias crónicas en la colonia; poesía magníficamente heroica en la guerra de emancipación:

Tiempo en que fue vulgar la maravilla;

poesía trágica de combates y dolores a través de la República; poesía dulcísima de amor, de gracia, de fe profunda, de cristianas y apacibles costumbres en esos hogares castizos que son nuestro mejor título y nuestra mejor esperanza de engrandecimiento; poesía en fin (¡cómo había de olvidarlo!) humorística, retozona y chispeante de ingenio, distintiva del carácter nuestro desde el *formalote* santafereño-andaluz, apasionado por coplas, cañas y sortijas,

Hasta el gentil bogotano  
Que aun al morir suelta un chiste.

¡Atrás, atrás mil veces el burdo y grosero practicismo mercantilista, ese spenceriano sistema de cultura reñido con el honor y los afectos, y

Que estriba en dos vocablos: *dáca* y *tóma*!

No atino yo a imaginarme lo que serían las naciones sin sus humanistas y sus poetas: ¡Grecia sin sus rapsodos, sin Homero, ni Esquilo, ni Tucídides, ni Teócrito, ni Plutarco; Italia sin Dante ni Ariosto; España sin romances, sin teatro y sin Quijote! Europa sin minesingers ni ministriles, sin la Provenza de los trovadores. ¡Qué páramos aquellos! Y ¿qué vendríamos a ser nosotros si prescindieramos de nuestras crónicas, versos, arengas y cuadros de costumbres? Suprimamos con la imaginación los escritos de Caldas, de Camilo Torres y de Nariño; figurémonos a Colombia sin las proclamas de Bolívar, sin aulas de *cachifa* y de retórica, sin dominicos ni jesuitas, sin coplas para los fandangos y serenatas, sin bambucos para las fies-

tas; sin Caros ni Arboledas, sin Marroquines ni Ortices, ni Isaacs, ni Gutiérrez ni Mejías, sin Pombos, Silvas ni Carrasquillas, sin Cuervos, Manriques ni Uricoecheas!... ¿A qué quedaríamos reducidos? ¿Qué linaje de entelequia seríamos? Y a eso quiere llevarnos la flamante educación "práctica" spenceriana que nos invade con su estrepitoso aparato de "métodos avanzados", y "lecciones de cosas" de palpar y comer! Cosas que si no son de estas últimas, a menudo no entienden las que más las decantan. ¡Oh spencerianismo "práctico"! ¡librenos Dios de tus teorías y mucho más todavía de tus "prácticas"!

Señores: muy probablemente lo mejor de lo que somos, y esto no es poco, dicho sea sin asomo de soberbia sino antes en alabanza al Supremo Dios dispensador de todos los bienes; si somos pueblo culto, noble, apto para las cosas de la inteligencia, valeroso, gentil y de ánimo levantado, lo debemos en mucho a la levadura aquella de la poesía. Obra suya es, en gran parte, nuestro ser uno, nuestra permanencia como nación. Vínculo mucho más persistente de nacionalidad, mucho más vigoroso aglutinante que cualesquiera leyes u ordenanzas creó para nosotros el considerarnos los colombianos todos, de Mocoa a Titumate, desde el Carchi hasta la última punta de la Guajira, compatriotas de Caldas y Pombo, de Arboleda y de Caro y de Ortiz, de Fallon, de Jorge Isaacs y de Gutiérrez González, de Vergara, de Marroquín y Eugenio Díaz. No existe en nuestro organismo nacional elemento asociante y cohesivo como la *Maria*, el canto *A la bandera colombiana*, *El bambuco*, *Las tres tazas*, *La perrilla*, y el *Cultivo del maíz*: ahí está nuestra nacionalidad espiritual y afectiva, nacionalidad potente y batalladora, segura contra anxiones y separatismos. "El más firme cimiento de la nacionalidad —escribe Valera— y el más seguro indicio de la duración vital y de la grandeza de una raza, es que no sea muda y que haya dado dignamente al mundo su pensamiento y su palabra."

"La posteridad, —escribía el maestro de Menéndez y Pelayo— recuerda a los grandes escritores con preferencia a los legisladores y guerreros; agradece más el legado que ha recibido de un Homero o de un Platón que el de un Solón o de un Alejandro" (1).

Mas para que nuestra literatura desempeñe su triple y fecundo oficio artístico, social y patriótico, para que penetre hasta las intimidades del alma del pueblo y las haga vibrar, para que elabore obras dignas de la posteridad y merecedoras de universal sufragio. ¿qué necesita? Empaparse en el sentimiento del pueblo mismo, impregnarse de su alma, teñirse de su colorido, inspirarse en él y en la magnífica naturaleza que forma nuestro ambiente. "El que es de su tiempo es de todos los tiempos", dijo el gran Schiller. De modo análogo puede afirmarse, que el que es de su tierra es de todas las tierras. Solamente aquello que surge del alma de un pueblo queda en el alma del pueblo mismo y repercute en todos los pueblos: sólo eso es humano y despierta simpatías en la humanidad:

Lo que sale del alma al alma llega.

---

(1) Milá y Fontanals.

A mi entender anda extraviada aquella literatura que por ignorancia real o afectada de nuestras cosas, o por menosprecio de ellas, o por aquel prurito de exóticas novelorías de moda que se apodera de corazones frívolos y almas ligeras, o por otros motivos análogos a ellos, busca sus asuntos e *inspiraciones* —llamémoslas así— lo más lejos posible de las fronteras patrias, figurándose lo nuestro como insípido, atrasado, fuera de las corrientes *mundiales*, e indigno, por tanto, de las letras de molde, de la *high life*, y de entrar en los dominios del arte. Yo, desde luego, y a fuer de colombiano rancio y castizo, me sublevo contra tan ineptas y melindrosas teorías, que por otro lado me parecen una aberración lastimosa y funestísima. Tengo para mí que las grandes literaturas, las literaturas maestras de la humanidad, aquellas cuyas obras resplandecen por encima de los siglos como fanales de hermosura, son las que, teniendo en mira un alto ideal humano, han bebido su inspiración en las puras y castizas fuentes de sus respectivas nacionalidades; y que tanto más vigorosa y potente es en su influjo universal una literatura, cuanto más se acerque a los manantiales originales suyos; de donde ha de concluirse que aquellas otras en que predomina la imitación, siquiera sea ésta muy sabia y primorosa, y excelentes los modelos, ejercen mucho menor ascendientes sobre los hombres. Con lo cual queda dicho que, salva la admiración debida a los clásicos del siglo de Luis XIV por cuanto tengan de admirable, no soy yo de los que se consolaran del todo de la pérdida de Homero y de Sófocles, de Virgilio y de Horacio, con que nos quedasen los dramas de Racine y las sátiras de Boileau.

Vuestra erudición puede comprobar con ejemplos cómo la potencia del espíritu nacional es la que anima las grandes literaturas del mundo. La más universal de todas, la “sublime” de índole y por excelencia, como que “la idea de lo infinito, se cierne sobre ella”, con todo y recibir de Dios la inspiración y hablar para la eternidad, es entrañablemente regional; de manera que, si no me engaño (aquí hay maestro que me corrija), uno de los mayores empeños de la exégesis bíblica consiste en descubrir y precisar en el sagrado texto las innumerables alusiones a las circunstancias, usos y costumbres del pueblo escogido; en sorprender las correspondencias entre aquella lengua misteriosamente aspirante, en que, al decir de los entendidos, todo es imagen, todo acción, todo *verbo*, y la tierra y el cielo de que es natural producto. El divino Espíritu mueve al escritor sagrado a escribir, lo asiste y lo preserva de error, pero convive con el genio del escritor mismo y se amolda a su personal manera y temperamento y a la del pueblo que tiene por auditorio, sin desvirtuarse por esto, como no se desvirtúa el regalado vino por acomodarse a las sinuosidades del ánfora que lo contiene. El santo monte de Sión, Israel, símbolo del reino de Dios, con sus pozos y sus tiendas, sus palmeras y sus rosales, las glorias y las esperanzas de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar, es la visión de que no apartan un punto sus ojos los escritores sagrados; la que sonríe en los idilios bíblicos, la que vibra en el arpa de los salmos, la

que inflama a los profetas, la que llora bajo los sauces sobre los ríos de Babilonia.

La literatura griega es Grecia misma, la patria de la gracia y la armonía, de los bosques de mirto y melodiosas grutas, la tierra de la luz, la de las costas dentadas como un encaje sobre mares azules poblados de islas en flor; aquella donde

Todo es dios, todo es himno, todo es arte,

y que siempre hermosa y siempre joven, todavía canta y solloza en las églogas de Chénier y en los *Trofeos* de Heredia.

El monumento de literatura más caro a los Romanos, y tanto que por boca de Propercio exclamaban,

*Cedite, Romani scriptores, cedite, Grai:  
Nescio quid majus nascitur Iliade,*

la *Eneida*, es la encarnación del patriotismo romano, la cifra de sus orgullos, el memorial de sus glorias y ambiciones, el vaticinio de su futura y perdurable grandeza; obra en que no es la imitación, casi constante, de Homero, lo que vale y vive, sino el sentimiento romano, compendiado en palabras tales de Anquises a Eneas:

Considerá,

Hijo, le dice, la sublime gloria  
Que a la raza de Dárdano le espera;  
Oye los claros nombres que en la historia  
Nos guarda Italia, entre futuras gentes,  
Mira pasar tus dignos descendientes.

.....

Máximo con tardanzas tú prudentes  
Salvarás la Nación. Y esto adivino:  
Otros con más primor bultos vivientes  
Harán de bronce duro o mármol fino;

Oradores habrá más elocuentes;  
Sabios podrán con más seguro tino  
El cielo escudriñar y las estrellas,  
Y los cercos medir y el poder de ellas;

Tú, Romano, regir debes el mundo;  
Esto, y paces dictar, te asigna el hado,  
Humillando al soberbio, al iracundo,  
Levantando al rendido, al desgraciado.

(Caro.—*Lib.* VI, 153, 170, 171).

Italia es Dante, Dante que por los círculos de su visión terrible va distribuyendo, con vivacidad y atrevimiento no igualados, como actor en ella, la historia y las leyendas de su patria; que sobre el fondo teológico y filosófico de su creación pinta con cálido pincel, con fidelidad minuciosa de contornos, de color y de relieve, como apa-

sionado paisajista, los parajes de su tierra natal, nunca ausentes en su fantasía.

*Li ruscelleti che dei verdi colli  
Del Casentin discendon, giuso in Arno,  
Facendo lor canali freddi e molli,  
Sempre mi stanno innanzi....*

(Inf. xxx, 64, 67.)

¿Hay libro alguno tan de su tierra, tan rematadamente provinciano y parroquial como *El Quijote*? ¿Y por dónde no viajan el manchego andante y su escudero? Su popularidad es uno de los lugares comunes de la literatura y de la historia; de la historia, sí, porque a ella casi tanto como a la novela pertenece aquel personaje soñador, humano y vivo como ninguno, y tan vivo y tan humano que, —muchas veces me lo he figurado— el día del juicio final no será poca sorpresa para la humanidad el ver que se tarda en presentarse a rendir sus cuentas el *Caballero de la Triste Figura*. Y, por cierto, no habría quien las tuviera tan ajustadas y corrientes como quien por haber sido el caballero temeroso de Dios, leal, casto, sin miedo y sin tacha, “flor y espejo de la andante caballería”, estuvo a menos de un paso de la santidad; porque, si mal no lo entiendo, la caballerosidad es el preámbulo humano de la santidad, y el santo es el caballero transfigurado por la divina gracia.

Facilísimo sería demostrar con más argumentos de bulto, que de cada literatura, sea de donde fuere, lo que vale de suyo, lo que vive lozano y perdurable, lo que el sufragio universal consagra sin reservas ni vacilaciones es lo más franca y decididamente nacional e indígena, lo que da formas y expresiones nuevas a lo universalmente humano. Un solo nombre de ahora para ejemplo confirmativo: el del Homero de Cantabria, el segundo Cervantes, el gran Pereda, que trepando por sus *Peñas arriba* escaló el templo de la inmortalidad, desde donde nos hace gustar a todos *El sabor de su tierruca*, y sigue refiriéndole al mundo embelesado sus pláticas en la cocina de *Tablanca*, las rivalidades entre *Coteruco* y *Rinconeda*, los amores del *Josco* y la *Pilara*.

El espíritu de la patria, que hace contemporáneos de todas las edades los poemas antiguos, es el mismo que les garantiza perpetua admiración a la gigantesca *Atlántida* y a *Mireya* y a *Tabaré*.

Supuesto el temperamento artístico en quien las hace, aun en la imitación, aun en la traducción, cabe el fuego de la originalidad, de la inspiración nacional, cuando entre el autor extraño y su intérprete, así como entre la oriunde del uno y la del otro, existen afinidad y simpatía, por donde los dos talentos se asimilan y compenetran. En virtud de ese doble parentesco, Virgilio define y conserva su personalidad latina imitando a Homero; Horacio imitando a Píndaro y Alceo; el maestro León imitando a Horacio. Chénier es griego por origen, por temperamento y por educación. Así Bello canta la pompa de las selvas americanas con el exquisito primor y la suave templanza de Virgilio, el poeta maestro, geómetra, naturalista y eru-

dito, cantor, como su intérprete colombiano, de las esperanzas de un mundo nuevo y un nuevo orden universal de cosas....

*Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo,  
Adspice convexo nutantem pondere mundum,  
Terrasque tractusque maris coelumque profundum;  
Adspice venturo laetatur ut omnia saeclo.*

Caro ve a la América y a su amada Colombia, de "cuyas entrañas es pedazo", a través de las Geórgicas y del poema de Eneas, aquel padre Eneas, fecundo vástago de una raza a quien está reservado, tras de señorear el mundo antiguo, y después de la transformación sobrenatural del género humano, llevar a nuevos continentes su religión, su sangre, su lengua, su civilización, bien así como el hijo de Anquises llevó a Italia sus lares y con ellos su estirpe y el germen del más poderoso de los imperios. "La imitación así, dice Sainte-Beuve hablando de las de Virgilio en las obras de Teócrito y de Homero, en tal grado de sentimiento individual y con tan viva reflexión de las bellezas, es una manera de naturalidad; no se trata ya de autores que se copian sino de parientes que se conocen y vuelven a reunirse." Y añade el mismo crítico: "Cuando un poeta tiene el genio necesario para expresar así el sentimiento presente y actual de su nación (sea grande o pequeña, como sea gloriosa), para exaltar el sentimiento de su grandeza y de su triunfo, y también para ver y pintar los horizontes lejanos y las antigüedades legendarias, ya nada le falta para cautivar a su siglo y al porvenir."

Todos esos nombres gloriosos confirman mi tesis acerca de la virtualidad de la inspiración nacional.

Pero, ¿acaso la belleza, objeto propio del arte, se halla circunscrita por determinadas fronteras? ¿es, por ventura, patrimonio de algún pueblo o de algún tiempo? Muy bien sé que no; y cada uno es dueño de buscarla donde le acomode y de entusiasmarse con ella donde la encuentre, lo mismo en los aduares de Arabia que en las tenderías de los esquimales o entre los castillos ruinosos de las edades medias; pero digo que, una en esencia, la Belleza, como la verdad y la Bondad, se manifiesta en formas infinitamente diversas.

*Dissimili... quadam volitare figura.* (Lucrecio, L. II, p. 58.)

y que a cada pueblo le toca verla concreta, sentirla y vivirla allí donde él se amantó y tuvo conciencia de sí propio; que cada pueblo la concibe y la expresa conforme a sus peculiares condiciones de índole y de ambiente, a sus modalidades; digo que los mejores jugos de hermosura son los que se beben a los pechos de la dulce patria, y que no hay nada tan delicado y nutritivo como esa leche materna, rica en todo principio vivificante: allí donde uno empezó a respirar y conoció la luz, donde echó a oscilar y a marcar el compás de nuestra vida el péndulo del corazón, allí donde revolotearon nuestras primeras ideas y dieron nuestros labios el primer balbuceo, allí, en esa gruta apacible del hogar, tupida de imágenes y recuerdos, donde se entreteje y afianza la raigambre de nuestro ser, donde fluyen hervorosos



los purísimos manantiales de los primeros afectos, ahí es también donde se recatan los de la inspiración espontánea, ingenua, todo vida y naturalidad, que nutren las grandes obras del arte. Ahí está el lago misterioso eternamente pródigo, de donde surge aquella literatura sincera, sin remedos, sin artificios, sin amaneramientos, sin pretensiones trascendentales, talvez inconsciente, que es la grande y sabrosa literatura. Digo, en resumen, que en el concierto espiritual del arte literario la dominante ha de ser la cuerda de la inspiración nacional, que por ser la que vibra con mayor sinceridad, vibra también con mayor eficacia melódica y más atractiva resonancia. El arte genuinamente nacional, por lo mismo que arraiga y bebe en las entrañas de la naturaleza, en las honduras del terruño nativo, es arte sincero, viril y potente: es como aquellos arbustos silvestres, talvez ásperos y bravíos, pero cargados de frutas de regaladísimo sabor y aroma y de raras propiedades tónicas. Ya he dicho la palabra que necesitaba: *sinceridad*: ella, que es la verdad, es también la bondad y la hermosura. El mundo se prosifica y envilece por falta de sinceridad. El trato de los hombres llega a volverse insoportable porque más y más va faltando entre ellos la sinceridad. La literatura y el arte, reflejo del estado social, va decayendo conforme va predominando el convencionalismo hipócrita y artero, conforme les va faltando la inspiración sincera. El bizantinismo, el culteranismo, el pseudo-clasicismo y el decadentismo son las formas artístico-literarias de una degeneración moral, de una enfermedad que se llama *mentira*, cuyas manifestaciones son la vaciedad artificiosa, el sentimentalismo alharaquiento, la insipidez enfática: pelos y señales del más perverso como también el más prosaico y antipático de los siglos, el siglo XVIII, el del filosofismo *humanitario* y las églogas almibaradas, siglo al fin, inspirado no menos que por la utópica *filosofía*, por la *ternura* declamatoria de Juan Jacobo. En tiempos de degradación como ése, la falsedad artera, la relamida afectación, desaloja a la púdica sencillez; la escuela (equivalente al círculo, a la pandilla oligárquica de otro orden de cosas), ocupa el lugar de la naturaleza.

A las libres y tonificantes auras de la sinceridad es preciso volver para que convalezcan y se regeneren la humanidad y el arte. Necesario es estudiar día y noche los grandes modelos, que son los grandes maestros de naturalidad: Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Pereda, no para imitarlos servilmente sino para aprender de ellos el arte de observar la naturaleza e interpretarla con ingenuidad y soltura. Utilísimo es conocer las *escuelas* y analizarlas todas, pero sólo con ánimo de buscar en ellas los mejores procedimientos para desembarazarse del fárrago, del estilo formulista y cartulinesco, de los comodines y ripios, de las frases hechas, de las figuras fósiles, producto de la vulgaridad y la pereza. La única escuela recomendable sin reservas es la de la sinceridad, madre fecunda de literatura original y robusta.

La originalidad no consiste, como de ordinario creen, en el rebuscamiento, sino precisamente en todo lo contrario: en la naturalidad; porque la naturaleza siempre es nueva y gentil y tiene en sí

misma, como el aire y el agua en movimiento, principios abundantísimos con que remozarse y embellecerse perpetuamente. Los pensadores más originales y profundos son los niños y los poetas del pueblo. El que de veras ama u odia o padece, el que de veras admira y se entusiasma, halla a la mano, sin ir a rebuscar ni pedir prestadas, formas ardientes y eficaces con que comunicar sus sentimientos y hacerlos prender en otras almas.

De tarde en tarde la humanidad, sintiéndose asfixiar en una atmósfera de mentiras, harta de embustes, de farsas rituales, de urbanidad alevosa, de hipocresía convencional, de versos *fin de siècle*, de estilo gomoso, alechuguinado y pedantesco, se vuelve sedienta, febricitante y desalada a las fuentes de la naturaleza y de la sinceridad, las cuales brotan para cada nación al golpe de la vara mágica de sus poetas y de sus artistas, de entre los peñascos de su propio terruño, de entre las honduras de su alma propia. Acudamos nosotros a esos manantiales, para bien nuestro y de la humanidad. ¡Pues qué ¿no somos nosotros, los colombianos, un pueblo digno de tener, y no tenemos en realidad, y no seremos capaces de acrecentar una literatura nacional característica, vigorosa, significativa en la civilización universal?

Respondan los extraños, eminentísimos algunos, que tan alto puesto nos han asignado entre las naciones más cultas de Hispanoamérica. Respondan los nombres de los famosos colombianos, próceres de la inteligencia, que en torno de esa mesa académica se sentaron la noche del veintinueve de noviembre de mil ochocientos ochenta y uno a honrar la memoria de Bello. El tesoro preciosísimo que nos legaron, tesoro envidiable y envidiado, harto más valioso y seguro que las esmeraldas y el platino, reposa, entre otros, en los áureos volúmenes de *El Mosaico* y *La Caridad*, *El Tradicionista*, *El Repertorio Colombiano* y *el Papel Periódico Ilustrado*, y en la galería de nuestras novelas y cuadros de costumbres. En esos libros de familia relegados hoy al olvido, ¡oh dolor! ¡oh vergüenza!, por algo que ni siquiera merece nombre castellano, por el *snobismo* petulante, por el frívolo y casquilucio *rastacuerismo*, en esos libros donde no hay investigación, sea histórica, doctrinaria o filológica, ni forma literaria que no se aplique a glorificar y hacer conocer a Colombia, donde transpira el colombianismo, debería leer sin cansarse nuestra juventud, *veterum volvens monumenta virorum*, para rehacerse y retemplarse en la tradición, horno en que se funde el tipo nacional; para que recordase cuánto vale la patria colombiana, qué cúmulo de esfuerzos representa su gloria y cuánto merece ella cualesquiera desvelos y sacrificios. Si grandes ideales religiosos y patrióticos, un magnífico territorio, en el que se compendian todas las riquezas y todas las hermosuras de la tierra, una historia digna de semejante escenario, una raza vivaz, de sobresaliente aptitud para las especulaciones del entendimiento, generosa, valiente hasta la temeridad y exquisitamente impresionable; una larga preparación de cultura social, y una lengua exuberante, enérgica, armoniosa y libre en sus formas como ninguna, son los factores principales de una gran literatura; ¿será

mucho lo que nos falta a nosotros para tenerla, y aspirar con derecho a figurar por ella entre las naciones representativas e influyentes? ¿Será necesario que andemos importando asuntos, inspiraciones y fraseologías? Si algo nos falta, a la literatura misma toca el hacérselo palpar por medio de sus recursos pintorescos y “objetivos”, y ayudarnos a llenar esos vacíos y corregir nuestros defectos característicos; aquellos que, por achaque de la humana flaqueza, vayan anexos a nuestras cualidades mismas y resulten de nuestras peculiares condiciones y circunstancias. Esto sólo sería ya un trascendental servicio de la literatura, que debería bastar para conciliarle el ánimo de los *practicistas* y *hombres de la época*: ponernos de manifiesto en cuadros, en “lecciones de cosas”, cuanto en nuestro carácter, costumbres e ideas dominantes necesite rectificación o enmienda. Aquí del papel educativo de las letras, probado ya por la experiencia; aquí sí que podrían ellas asociarse fructuosa y brillantemente con las ciencias sociales y naturales, conforme al sapientísimo consejo de Ozanam en su discurso sobre los deberes literarios de los cristianos: *lo que adquirimos por la ciencia devolvámoslo por medio del arte*. Se convencieran ciertos *hombres de ciencia* y ciertos *pedagogos* (permítaseme decirlo de pasada) de que la aridez y la ramplonería no son gemelos de la verdad ni condición de la profundidad y solidez; de que, como muy bien lo expresó Pereda, “ni en la misma ciencia de los números hace daño un poco de estética”; “de que nada perdieron de su sabiduría por haberla”, “revelado al mundo en prodigioso estilo”, el maestro de Aristóteles, ni Cicerón, ni Plinio y Columela, ni los Padres y Doctores de la Iglesia, ni Luis Vives, ni Balmes, ni Menéndez y Pelayo, ni nuestro Caldas, ni el que aquí sabe deleitarnos enseñándonos en delicioso castellano las profundidades de la teología y las abstracciones de la metafísica! ¡Se persuadieran esos dómínes amojamados de cualquier facultad, de que el oficio del maestro consiste en procurar *ut veritas pateat, ut veritas mulceat, ut veritas moveat!* Hombres de ciencia he conocido yo que se han quedado estériles por falta de bellas artes, por su amor a lo seco y feo; y de alguno de ellos he pensado que, a llegar a persuadirse de la hermosura, de la infinita hermosura de Dios, se hubiera vuelto ateo.

Y torno al capítulo de nuestras deficiencias, o como queráis llamarlas. ¿Que nos queda mucho camino por andar? ¿mucho que corregir y enmendar? Soy el primero en reconocerlo: de algo han debido de servirme mi larga vida y mi oficio de treinta años. Por de pronto me atrevo a aventurar, deseosísimo de que con todo empeño nos apliquemos a remediarlo, que no siempre, que no todos hemos sabido esmerarnos en conservar la herencia de sencillas virtudes y buenos usos de nuestros mayores. El conocimiento de nuestro incipiente estado y el recuerdo de infortunados tanteos e inevitables desdichas, unidos a cierta ingénita ligereza, como que nos han vuelto en demasía recelosos y desconfiados de nuestras capacidades y recursos: de ahí, que prefiramos a ojo cerrado lo extraño a lo propio, sin considerar que no todo lo bueno es bueno para todos, y que no hay provechosa adquisición sin *asimilación*, la cual supone afinidades de na-

turalezas y aptitudes. Ese sentimiento excesivo y funesto de inferioridad que por curioso fenómeno se alía con otro de vanidad lechuguinesca, nos lleva a esclavizarnos a modas extranjeras sin averiguar si nos cuadran ni quién las impone. Nos aqueja el prurito de imitar sin discernir: indicio de frivolidad. Atendemos más al aparato exterior y a la sonoridad de las palabras que a la sustancia de las cosas; y así, procedemos como si pensásemos que a falta de vino, buena es espuma, y a falta de riqueza, lujo, y que a falta de industrias y capitales, buenos son conflictos *entre el capital y la industria*; y que sin haber llegado a la altura ya hemos de venir a *decadentismo*; y queremos parecer refinados antes de llegar a maduros. ¿Creemos por ventura que a ello nos obliga el decoro? Decoro mal entendido. ¿Qué decoro es ése que no se acompaña de sencillez y discreción? Vive con decoro quien "acorta y ciñe su deseo" a sus posibilidades; no el que aparenta lo que no es y excede en pompas y banquetes los términos de su hacienda. Despreciamos lo nuestro, talvez como inelegante y añejo, talvez como rezago de preocupaciones o de hábitos provincianos, y ponemos todo cuidado en contrahacernos y desteñirnos, en ser lo menos *nosotros* posible, con peligro de parecernos en eso al "señor de Gacharná" descrito por Vergara. Quizá nos juzguemos indignos de entrar en las corrientes de civilización cosmopolita o *mundial* (!! ) mientras no nos borremos hasta las últimas huellas de colombianismo, como si fueran de roña o manchas de *carate*. Queremos pensar y hablar y en todo perfilarnos conforme a novísimos modelos ultramarinos y en el idioma menos consonante posible con el de los coetáneos de don Quijote, y el de los nobles santafereños, diarios lectores del *Año Cristiano*, cofrades de la Buena Muerte y rezadores del rosario en familia. Gozamos más de lo conveniente en llamar los trastos y utensilios no con sus apelativos legítimos y tradicionales sino con vocablos explosivos o circunloquios en inglés o en gabacho; y nos saboreamos de satisfacción cuando decimos *plum pudding*, *ponqué*, *vol au-vent*, en vez de *pastel*, *mojicón* o *torta de dulce*, como dijeron nuestras abuelas. En vez de sacar partido, como hacen otros, de ciertos preciosísimos elementos artísticos de nuestra raza y tierra, por ejemplo, los aires de música nacional, a veces tan penetrantes y expresivos, los instrumentos indígenas de la misma, el gentil y poderoso, el incomparable *bambuco*, las coplas espontáneas y otras análogas manifestaciones del sentimiento popular, el alma de la Patria, en vez de beneficiar ese tesoro y procurar pulirlo y enaltecerlo y darlo a conocer al mundo en lo mucho que vale, ¿qué hemos hecho? Ya que no pongamos en tela de juicio su existencia misma, que es como dudar de la fragancia de nuestras brisas, de la ardiente poesía de nuestros valles *calentanos*, lo proscribimos y repudiamos como plebeyo y tabernario, a pesar de muchos alardes de *demofilismo*, para sustituirle importaciones moral y artísticamente repugnantes, sin caer en la cuenta de que con tan insensata y melindrosa inconsecuencia no sólo faltamos a la gratitud filial y a la estética, sino que dejamos perder valiosísimos datos que reclaman ávidas la etnografía y la historia. En vez de renunciar a malos hábitos, hemos renunciado a buenos usos; en vez

de reñir con la holganza hemos reñido con el chocolate; ¡como si él fuera obstáculo al progreso!

Pasó a la historia, esto es, al olvido, el afable, cariñoso y sencillo chocolate, saboreado en paz y alegría a las cinco y media de la tarde; reemplázalo el té, bebido a las cinco de la misma, *at five o'clock*, entre las encantadoras ritualidades de una *high life* de cuyo olímpico e incontaminado gremio está rigurosamente proscrito cuanto huela a ranciedad colombiana, a cosa *nuéstra*, y, como *nuéstra*, de mal tono. (¿Quién osaría mentar el pan de yuca y los *rosquetes* de trigo?). Hay ahora quien pretenda cosechar papa o asistir a *rodeos* de novillos, con arreo compuesto de justillo y calzones de jockey, guantes de cabritilla, grácil latiguillo, botas charoladas con abotonadura, y leve canotier: cosa de mucho mejor gusto que el sombrero de jipijapa con hule a prueba de intemperies, los anchos zamarros de toro barcino, el grueso pellón de lienzo y el verdugueante manatí de caimán curtido. Trocamos con sobrada facilidad lo nuestro, valioso y castizo, por lo ajeno, común y relumbrante; nuestras venerables antiguallas, por vulgaridades de moda parecidas a las de cualquier parte, sin sello de familia ni olor de historia: como haría una dama descendiente de próceres, que por perifollarse cambiara las gloriosas, si no muy pulidas, medallas de sus abuelos, talvez ganadas en Boyacá, Junín o Ayacucho, por unos zarcillos de abalorio. Y no queremos caer en la cuenta de que entrando en esa competencia de exterioridades y relumbrones de la moda cosmopolita, en que reventamos como la rana aspirante a buey, todo es pérdida para nosotros, y sólo conseguimos despersonalizarnos, desteñirnos, vulgarizarnos sin honra y sin provecho, sacrificando lo esencial a lo accidental, el fondo a las apariencias, el oro al cobre dorado. ¿Quién nos apreciará si nosotros nos despreciamos? ¿Quién tendrá confianza en nosotros si nosotros mismos no la tenemos?

Pues yo no he podido entender jamás que el progreso consista en renunciar a nuestra personalidad; sino en todo lo contrario: en afirmarla y hacerla adquirir y dar de sí cuanto sea posible, conforme a los designios de Dios y a la dignidad de la naturaleza humana. Yo tengo fe profunda y entusiasta en los destinos de Colombia. Soñé de joven con la grandeza de la Patria, y con ella sigo soñando todavía, a pesar del hielo de los años, el cual, así como sucede en las montañas, al acumularse en la cima hace que el fuego de los grandes y santos amores se concentre y avive en las honduras del corazón. ¡Ah! señores, yo os digo que el tiempo endurece los miembros pero ablanda los afectos. Yo tengo confianza en nuestra raza, de la cual, en horas de amargo desaliento, se han dicho tantas ineptias e ingratitudes. Nuestra raza es la que acabó los mayores hechos de la historia; la que completó el mundo; la que pobló las soledades inmensas americanas de ciudades magníficas, y encendió en ellas los focos de toda civilización. Nuestra raza puede haberse debilitado en algunas partes, por causas bien visibles; pero hechos que no lo son menos demuestran que no ha degenerado: las Repúblicas nuestras hermanas y nosotros mismos, damos de ello testimonio. Yo creo en Colombia, la

libertadora gallarda, la siempre valiente, la siempre intelectual y caballerosa, la constante propugnadora del arbitraje internacional: Colombia, que empieze a dar al mundo alto ejemplo de República bien ordenada; Colombia, cuyo defecto capital, que tanto le enrostran propios y extraños, es el "idealismo", exceso de "intelectualidad" y de fantasía. ¡Fueran como ése tan fáciles de corregir todos los defectos! ¿Somos pobres? Nuestra escasez es de dinero; en cambio, somos dueños de incalculables riquezas naturales, y vamos aprendiendo a explotarlas, y estamos empeñados en eso, y viviendo en paz y justicia, pronto, sí, muy pronto seremos ricos y prósperos y fuertes. Lo que ya hemos hecho en medio de angustias y dolores sin cuento es prenda de lo que haremos en lo futuro. Pensemos con serenidad, libres ya de espíritu recriminador y pendenciero, y digamos: ¿es poco lo que hemos llevado a cabo? ¿Qué os parece una ciudad como Bogotá, encaramada tan lejos del mar en la altura de estos riscos superandinos? ¿Representa pequeños esfuerzos nuestra capital? Mirad hacia las demás ciudades de Colombia, a Medellín, a Cali, a Manizales, a Pasto, a Barranquilla, a la severa Tunja, ahora en gloriosos preparativos. Oíd por todas partes qué consoladora efervescencia de planes y negocios. ¡Cuántas obras en camino de realizarse! Abrense magníficos horizontes. El pueblo colombiano recobra su confianza en sí mismo. Claro está que necesitamos, y urgentísimamente, del auxilio de los extraños mayores que nosotros en edad y madurez; ninguna nación se civilizó por sí sola y con sus recursos exclusivamente propios. Mucho tenemos que aprender de los demás, y no poco de nuestros vecinos y hermanos del sur; aprendámoslo con modestia, con formalidad y con paciencia, no sin recordar que también a nosotros nos ha tocado ser maestros, como, Dios mediante, podemos volver a serlo en muchas disciplinas. Fomentemos la inmigración, especialmente la de nuestros consanguíneos de apellido vasco y castellano. Atraigamos el capital extranjero brindándole todo género de halagos y seguridades; pero venga como auxiliar sumiso, no como dominador ni árbitro de nuestros litigios. Mantengamos firmemente nuestra personalidad al proveer nuestra despesa. Eduquemos, eduquemos, eduquemos, es decir, formemos voluntades y caracteres, y así, ayudándonos Dios, llegaremos a donde queramos. Eduquémonos para ser colombianos, y para eso comencemos, ¿por dónde? Por conocer a Colombia. Duro es decirlo: los colombianos no conocemos a Colombia; si la conociéramos, ¡cuánto amáramos a la dulce Colombia! Yo he soñado con una comisión de ingenieros, naturalistas, médicos, literatos y artistas —uno siquiera de cada uno de esos gremios— que haciendo por toda la extensión del país un largo y estudioso viaje de exploración, escribiera un libro, algo como la *Peregrinación de Alfa*, pero en mucho mayor escala, en que se consignasen puntualmente y con arte de pintura y buen estilo literario, las observaciones de aquellos especialistas, para conocimiento propio y de los extraños. Allí quedaría Colombia viva y palpitante, con todos sus sabores y colores, con todos sus usos y costumbres. ¡Qué entusiasmo pusiera yo en acometer esa obra a estar en mi mano! El pobre traza en su fantasía tantas cosas,

de las cuales dizque no vuelve a acordarse en llegando a rico, según quiso probarlo el dramaturgo Emilio Augier en su comedia *La piedra de toque*. Mucho mejor que todo aquello sería que los colombianos nos aficionáramos a viajar por nuestra tierra antes de pensar en irnos a la extranjera. Grandes provechos sacarían de aquí las ciencias, las industrias, las letras, y las artes. Os invito, señores académicos, a viajar e inducir a otros a que viajen por tierra fría y tierra caliente, y no en tren ni en automóvil, sino a la antigua usanza, caballeros en caballo legítimo de trocha o de paso corto o en paciente mula baquiána y contemplando paisajes, recordando historias, saboreando la naturaleza y las costumbres, dilatando los pulmones y el corazón a las fragantes auras de la patria, que nos regocijan trayéndonos tonadas familiares y efluvios de esperanza; viendo allá levantarse en el horizonte como una pirámide de diamante coronada por la gloria del sol de diciembre el soberbio Tolima, el patriarca nutricio de aguas y tierras, que invita a colocar sobre su cúpula de nieve radiosa la custodia eucarística, y al pie de ella, flotando a las brisas de la mañana,

De nuestra Patria la inmortal bandera.

Viajaríamos alma al viento, sonoro el corazón, triscando la fantasía, lista la cartera para recoger datos e impresiones; gustaríamos la sabrosura de la "estancia" nativa, nos abrigaríamos al calorcillo familiar de nuestros aleros, a la sombra de la vieja parroquia, tan próspera como conservadora de sus tradiciones, progresista sin modernismo; platicaríamos en el corredor del molino zumbante o bajo el caney del trapiche bullicioso ceñido de cañaveral y platanera; enriqueceríamos nuestra paleta de pintores con tintes exquisitos; oíríamos latir el corazón de la Patria al compás del nuestro, ya llorando, ya sonriendo, en las retozonas coplas que haciendo hablar al tiple improvisan nuestros poetas sin gramática; coplas de indiscutible hechura nuestra, desesperantes de gracia, de profundidad y sentimiento, como ésta, y vaya de muestra, descriptiva de las ansiedades de una forzosa despedida:

Yo ensillando mi caballo  
 Mi chatica echó a llorar,  
 Y yo llorando con ella  
 Lo volví a desensillar;

y esta otra, quintaesencia de dolor soledoso, y compendio de las mejores elegías del mundo:

Ayer se murió mi perro  
 Y mi rancho quedó solo;  
 Mañana me muero yo  
 Para que se acabe todo;

o esta otra de un trovador algo más leído, natural y vecino de Sopó, a quien casi podría nombrar:

Yo la ausencia ensayaré  
 Por ver si mi amor expira,  
 Y la olvidaré.... mentira!  
 Yo nunca la olvidaré;

o las siguientes, tomadas al azar de entre las muchas que, junto con las desdichadas de mi propia cosecha, vengo reuniendo hace cerca de diez años, con el propósito, ya a muchos de mis amigos anunciado, de formar el *folklore* nacional, enciclopedia del *saber*, y especialmente del canto popular de Colombia. Ahí van esas pocas, si aquí no sienta mal tanta llaneza, para mitigar el fastidio que os voy dando con este discurso.

El amor del forastero  
 Es como cierto bichito  
 Que pica dejando roncha  
 Y sigue su caminito.

El amor debe de ser  
 Quien me tiene tan fregao,  
 Porque yo no cómo tierra  
 Ni duermo desabrigao.

Cuando un pobre está queriendo  
 Y tiene la ruana rota,  
 Le dicen las cocineras:  
 A trer agua, que no hay gota!

Mujeres hay en el mundo  
 Como en las tiendas hay ropa;  
 Pero una mujer de bien  
 Por obra de Dios se topa.

Mi mamá me dio una pela  
 Porque le pedí marido;  
 Mamita, déme otra pela  
 Y déme lo que le pido.

—¡Qué bonito pañuelito!  
 Mi vida, ¿quién te lo dio?  
 —A mi nadie me da nada;  
 Cuatro reales me costó.

A los montes me retiro  
 A llorar mis soledades;  
 Ellos me responderán  
 Aunque son irracionales.

Quién fuera caballo viejo  
 De esos que llevan a fiestas,  
 Y que los dejan por áhi  
 Por áhi con las otras bestias!



No to los tiempos son unos,  
Yo lo digo yo por yo,  
Que ayer montaba en enjalma  
Y hoy monta la enjalma en yo.

En el otro lao del río  
Vide a la muerte parada,  
Con enaguas amarillas  
De bayeta colorada.

Si el toro fuera de queso  
Y los cachos de panela  
Y yo fuera el toreador,  
¡Qué lances los que le hiciera!

Mi bien, cuando yo muriere  
Echame mi churumbela,  
Por si acaso en la otra vida  
Me aprieta el dolor de muela.

Mi madre se llama *jacha*,  
Mi padre machete jue:  
Hijo de *jacha* y machete  
¡Qué tal cuchillo seré!

El que bebe agua en totuma  
Y se casa en tierra ajena,  
No sabe si el agua es clara  
Ni si la mujer es buena.

¡Qué trabajos pasa un flojo  
En la casa de un mezquino,  
Un niguatoso en un baile  
Y un borracho en un espino!

¡Ah! caramba, compañero,  
No me venga a regañar,  
Que aunque soy pollo de a medio  
Me tiro con los de a real.

Una Papaya maúra  
Le dijo a otra verde, verde,  
El que siembra en tierra ajena  
Hasta la semilla pierde.

Al limón quítale lo agrio  
Y al corozo lo baboso,  
Para que a ti se te quite  
Lo que eres de alabancioso.

Dáale duro a la guitarra,  
Que se acabe de quebrar,  
Que hay mucho palo en el monte  
Y quien lo sepa labrar.

Si triste canta la pava  
 Más triste canta el paují,  
 Más triste suspira mi alma  
 Cuando se acuerda de ti.

Cánta, cánta, compañero,  
 No le tengo miedo a nadie:  
 En la copa e mi sombrero  
 Tengo a la Virgen del Carmen.

Estas muchachas de ahora  
 No son feas ni bonitas,  
 Pero son más pedigüeñas  
 Que las ánimas benditas.

Cosas mil y mil por este estilo dignas de acopiarse en volúmenes, anotaríamos si viajásemos con asiduidad, con atención y cariño por nuestro portentoso territorio; y nos empaparíamos en el sentimiento de nuestra música nacional, tan graciosa, tan penetrante, tan expresiva. Demasiado sé que hay entre nosotros quienes le nieguen hasta la existencia o la condenen sin misericordia. ¡A tanto llega la ignorancia o el desprecio de nuestras cosas! Pues yo afirmo que si la melodía y el ritmo constituyen esencialmente la música, nosotros la tenemos propia, riquísima y profundamente original. Y apelo al juicio de los más competentes maestros de dentro y de fuera de Colombia: al de Calvo, Murillo, Acebedo y Morales Pino; al de esos grandes concursos norte y suramericanos que se extasían oyendo como singular y exquisita novedad nuestras canciones; al de esos profesores extranjeros que no acaban de sorprenderse de la originalidad de nuestros ritmos y extraña melodía de nuestros aires; pero sobre todo, apelo a los oídos y al corazón de los colombianos lisos y sinceros que no quieran darla de wagneristas avanzados a todo trapo: ellos nos dirán si hay diferencia entre una romanza y un bambuco, zamba o galerón; y si el galerón y la zamba o el bambuco sirven o no sirven para expresar aquellas interioridades, aquellos regocijos y tristuras que no pueden traducirse con palabras. ¡Lastima que no tenga yo espacio ni conocimientos bastantes para poner en su punto la originalidad y hermosura de nuestros aires nacionales! ¡Lástima que sea yo, el impopular, el paladín del popularismo en literatura y música! ¡Conque no tenemos música nacional! Y entonces, ¿qué es el bambuco? Dígalo el gran Pombo, y óiganlo bien nuestros wagneristas criollos, que para ir con la corriente avanzada, deliran o fingen delirar con la música del porvenir:

Lejos Verdi, Auber, Mozart!  
 Son vuestros aires muy bellos;  
 Mas no doy por todos ellos  
 El aire de mi lugar.

Ningún autor lo escribió,  
 Mas cuando alguien lo está oyendo

El corazón va diciendo:  
"Eso lo compuse yo."

Justo es que nadie se alabe  
De inventor de aquel cantar,  
Que es de todos a la par  
Que el cielo, el viento y el ave.

Del Carchi hasta Panamá  
Nuestros niños lo adivinan,  
Nuestros pájaros lo trinan  
Y en nuestras brisas está.

Es el lamento que lanza  
El genio de estas regiones  
Por tantas generaciones  
Que vio morir sin venganza;

Una melodía incierta,  
Intima, desgarradora,  
Compañera del que llora  
Y que al dolor nos despierta;

O una risa de placer  
Instadora, turbulenta,  
Que arrebató, e impaciente  
Con eléctrico poder;

Un retozo tan simpático  
Que en contagiosa locura  
No consiente ceja dura  
Ni melindre aristocrático.

Hay en él más poesía,  
Riqueza, verdad, ternura,  
Que en mucha docta obertura  
Y mística sinfonía;

Porque ha fundido aquel aire  
La indiana melancolía  
Con la africana ardentía  
Y el guapo andaluz donaire.

Su ritmo vago y traidor  
Desespera a los maestros;  
Pero acá nacemos diestros  
Y con patente de autor.

Y si ordenase un tirano  
La abolición del bambuco,  
Pronto viera cuán caduco  
Es todo poder humano.

Menos podrían abolirlo, a Dios gracias, los avanzados despreciadores del colombianismo tradicional y genuino. Se necesita mucha sordera de corazón, se necesita no haber viajado por el Tolima ni pasado una noche oyendo rasguear el cuatro y tocar las charrascas en los hatos de Casanare, ni hecho una visita al hospitalario Valle de Tenza, ni haber conocido las romerías de Chiquinquirá, ni oído cantar a los guapos vallunos de Jesús María, para sostener que no tenemos música nacional; cosa equivalente a negar los panoramas del Valle del Cauca, donde respiraron Efraín y María; o las montañas de Antioquia, donde se escribieron *Frutos de mi tierra* y *Tierra virgen*; o a negar que existan las pinturas de Torres Méndez o los paisajes de Zamora y de Borrero. Así es como solemos despreciar nuestras cosas.

Conozcamos a Colombia, hagamos que los niños de nuestras escuelas la conozcan y la sientan para que la amen de corazón. No basta, señores, la idea de *patria*; es necesario el cariño extremo a cuanto tenga el sabor de la patria.

Por mi parte, querría haceros otra invitación, para corresponder a estilo campesino, que es como yo entiendo, ya que a lo académico no me es posible, a la inmerecida honra con que me habéis favorecido. Quisiera invitaros a una comida campestre, en la que sería de absoluto rigor no usar ni comer ni beber cosa alguna que no fuese producto de la industria nacional: trastos de pino, roble o nogal de nuestros montes, y labrados por ebanistas de aquí; manteles, tejidos en Samacá o en Sogamoso; cubiertos, fabricados de metal y de precioso naranjo o de guayabo en nuestros talleres y estancias de tierra caliente; loza y cristalería, de Bogotá, Caldas y Natagaima, sin olvidar a Ráquira y *Pajarito*. No habría *menú* realizado en tarjetón de capitales griegos y esfinges doradas, ni prospecto alguno por ese estilo y escrito en francés: comeríamos en castellano y en criollo; regiría el derecho consuetudinario de los antiguos platos sabaneros y boyacenses, de donde sacaron jugos para la masa de su sangre los hombres de la *Patria boba*. Por ahora no os daría vinos, pero sí cervezas de san Diego y anisados y mistelas de *La Costa* y de Fusagasugá, como también aceite de los olivares de la Villa de Leiva. No comeríais *petits-pois*, sino arvejas o alverjas de nuestros riscos y laderas; frutas, tales y tantas que sólo en el Paraíso podríais gustarlas mejores. Adornarían los postres dátiles de Soatá y conservas de cidra, de limón y de guayaba de Vélez, Moniquirá y Mogotes. Saborearíais café de Muzo, émulo del de Arabia en sabor y fragancia. Fumaríais tabaco de Peñalisa y de Ambalema. La orquesta sería de tiples, guitarras y bandolas, talvez con algo de capador tenzano, chuco y carrasca, y tocaría bambucos, *El Guatecano* y el *Grito de Fúquene* de Emilio Murillo, danzas de Calvo y otras melodías por ese arte. Habría, os lo aseguro, muy gentil urbanidad a la antigua santaferña, mucha cordialidad, franqueza y expansión de espíritu. Sería de rigor que fueseis trajeados con telas del país, por ejemplo, de las excelentes de Bello o de La Magdalena; en lo cual seguiríais el precedente del general Francisco de Paula Santander. Ocuparía la cabecera y

bendeciría la mesa con "las oraciones de costumbre" el Ilustrísimo Director de la Academia, glorioso hijo de aquel gran santafereño don Ricardo Carrasquilla; y él mismo al terminar la comida rezaría el *Padrenuestro* "por las almas del Purgatorio", como también era, y es aún de costumbre en casas cristianas. Os aseguro que comeríamos en paz y contento y quedaríamos más que satisfechos. ¿Acaso porque volviéramos a comer así los colombianos, quedaríamos fuera de las corrientes de la civilización? ¿Se paralizarían los ferrocarriles? ¿Se apagaría la luz eléctrica? ¿Dejaría de progresar la República? Me preguntaréis: ¿y dónde sería ese convite? Pues, ¿dónde había de ser? En uno de nuestros más pintorescos valles del centro: en el que riega el Saravita; donde tuviéramos por fondo de escenario el espejo de hervorosa plata y esmeralda del lago de Fúquene; en el valle de Chiquinquirá, a cuyo portentoso santuario, uno de los más célebres del mundo, acompañaremos en estos días, ya coronada de oro y piedras preciosas, a la que sobre sus sagrados títulos generales adquiridos en la Redención, por haber asistido a todos los grandes acontecimientos de nuestra historia y héchose por modo admirable y misericordiosísimo participante en ellos como guía, como auxiliar, como consoladora, aclaman en este momento seis millones de hombres Reina de los colombianos. Allá os invitaría también, sin asomo de respeto humano, a rezar el santo Rosario de María.

Señores: Colombia debe esperar ser próspera y grande mientras sepa conservar sus hogares; y los conservará puros, nobles y dignos, incontaminados del contagio de cierto feminismo disolvente, mientras en ellos se congregue todas las noches la familia a rezar el rosario como lo rezaban los fundadores de la República; mientras al lado de Jesús y junto con el humilde artesano José, presida en ellos María.

Decretó Dios, allá en las profundidades de su eternidad, que la bondad omnipotente crease, y fue el universo; y que la verdad se encarnase, y fue Jesucristo; y decretó asimismo que la belleza floreciese, la belleza, que es flor de bondad, *flos quidam bonitatis*, y fue María Santísima.

A ella, a quien dedicamos todas las manifestaciones de nuestra actividad, a la TODA BELLA MADRE DEL AMOR HERMOSO, a la que embellece purificándolo cuanto la religión de la materia había manchado, hemos de consagrar también los colombianos nuestra literatura nacional.

¿Qué mejores auspicios para la bella literatura y el arte que los de aquella a quien llamaron los trovadores *bonorum poetarum magistra*, la celebrada en páginas inmortales de elocuencia por los padres de la Iglesia, la que dictó los incomparables himnos, prosas y secuencias de la liturgia, la que hizo surgir los poemas de piedra de las catedrales, la que inspiró a Berceo y a León, a Cervantes y a Zorrilla, a Dante y al Petrarca, al Tasso y a Manzoni, a Klopstock y a Schlegel, a Murillo y a Rafael, a Rossini y a Gounod; la que hace latir los corazones de las muchedumbres con las más arrebatadoras emociones?

Nuevo favor suyo es para mí, que tantos le debo, el haber dispuesto las circunstancias de modo que mi entrada en la Academia de la lengua se verificase en los días de su coronación en la imagen del Rosario de Chiquinquirá, para mí tan tiernamente cara.

Gózome yo en invocarla ahora, dándole entrañables gracias con las palabras de la Iglesia en uno de sus admirables himnos:

*Virgo dux pacis, genitrixque lucis, Reina de la paz y madre de la luz: PAZ Y LUZ: ¡los bienes de que más necesitamos!*

---

## RESPUESTA A JOSE JOAQUIN CASAS

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

La Academia Colombiana recibe con regocijo al señor don José Joaquín Casas, a quien espera desde hace tiempo, porque era su deseo que uno de nuestros más altos poetas ocupase la silla del inmortal cantor del *Niágara* y del *Bambuco*. Y es para mí una gran satisfacción el que me corresponda dar la bienvenida al amigo de la adolescencia, al poeta que me inspiró grande admiración con sus ensayos juveniles y a quien hoy, llegado a la madurez de la vida, admiro en la proporción en que su obra ha crecido y se ha dilatado, abarcando nuevos y fecundos campos y abriendo a nuestros ojos vastos y luminosos horizontes.

El señor Casas tiene múltiples títulos como orador, como publicista, como pedagogo, para ocupar un puesto en cualquier corporación literaria, pero claro está que su principal timbre de gloria, lo que le da entrada, por derecho propio, en esta Academia, es su condición de verdadero y altísimo poeta. De tal manera forma la poesía el fondo de su ser, que el lenguaje de los versos brota espontáneamente de su boca; y sin jactancia podría repetir la frase de Ovidio: *quod tentabam dicere versus erat*. Otros fabrican estrofas, como quien ejecuta trabajos de orfebrería; Casas las hace perfectas sin que aparezca el esfuerzo, como si la fácil perfección fuera condición inseparable de su inspiración poética.

Y sin embargo, este sacerdote de las musas, que podría decir de sus versos con mayor razón que Horacio de los suyos, que son hechos para que los escuchen las vírgenes y los niños, no ha podido consagrarse exclusivamente al culto del arte de su predilección, y ha tenido que mezclarse, con su blanca túnica de poeta, en las luchas ardientes y muchas veces antiestéticas de la política militante y ha hecho oír su palabra de convencido en los comicios, en las cámaras, en los consejos de gobierno; sin que lo haya llevado a esos sitios interés personal alguno sino el deseo de servir a su causa. Y si fuéramos a censurarlo por haber abandonado tantas veces los amenos bosquecillos del